—[Sor Juana Inés de la Cruz](http://en.wikipedia.org/wiki/Sor_Juana_In%C3%A9s_de_la_Cruz)

**A SU RETRATO**

Este, que ves, engaño colorido,  
que del arte ostentando los primores,  
con falsos silogismos de colores  
es cauteloso engaño del sentido:

éste, en quien la lisonja ha pretendido  
excusar de los años los horrores,  
y venciendo del tiempo los rigores,  
triunfar de la vejez y del olvido,

es un vano artificio del cuidado,  
es una flor al viento delicada,  
es un resguardo inútil para el hado:

es una necia diligencia errada,  
es un afán caduco y, bien mirado,  
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

**Jose Marti**

**Odio el mar**

Odio el mar, sólo hermoso cuando gime   
Del barco domador bajo la hendente   
Quilla, y como fantástico demonio,   
De un manto negro colosal tapado,   
Encórvase a los vientos de la noche   
Ante el sublime vencedor que pasa:?   
Y a la luz de los astros, encerrada   
En globos de cristales, sobre el puente   
Vuelve un hombre impasible la hoja a un libro.?   
  
Odio el mar: vasto y llano, igual y frío   
No cual la selva hojosa echa sus ramas   
Como sus brazos, a apretar al triste   
Que herido viene de los hombres duros   
Y del bien de la vida desconfía;   
No cual honrado luchador, en suelo   
Firme y pecho seguro, al hombre aguarda   
Sino en traidora arena y movediza,   
Cual serpiente letal. ?También los mares,   
El sol también, también Naturaleza   
Para mover al hombre a las virtudes,   
Franca ha de ser, y ha de vivir honrada.   
Sin palmeras, sin flores, me parece   
Siempre una tenebrosa alma desierta.   
  
Que yo voy muerto, es claro: a nadie importa   
Y ni siquiera a mí: pero por bella,   
Ígnea, varia, inmortal, amo la vida.   
  
Lo que me duele no es vivir: me duele   
Vivir sin hacer bien. Mis penas amo,   
Mis penas, mis escudos de nobleza.   
No a la próvida vida haré culpable   
De mi propio infortunio, ni el ajeno   
Goce envenenaré con mis dolores.   
Buena es la tierra, la existencia es santa.   
Y en el mismo dolor, razones nuevas   
Se hallan para vivir, y goce sumo,   
Claro como una aurora y penetrante.   
Mueran de un tiempo y de una vez los necios   
Que porque el llanto de sus ojos surge   
Más grande y más hermoso que los mares.   
  
Odio el mar, muerto enorme, triste muerto   
De torpes y glotonas criaturas   
Odiosas habitado: se parecen   
A los ojos del pez que de harto expira   
Los del gañán de amor que en brazos tiembla   
De la horrible mujer libidinosa:?   
Vilo, y lo dije: ?algunos son cobardes,   
Y lo que ven y lo que sienten callan:   
Yo no: si hallo un infame al paso mío,   
Dígole en lengua clara: ahí va un infame,   
Y no, como hace el mar, escondo el pecho.   
Ni mi sagrado verso nimio guardo   
Para tejer rosarios a las damas   
Y máscaras de honor a los ladrones:   
Odio el mar, que sin cólera soporta   
Sobre su lomo complaciente, el buque   
Que entre música y flor trae a un tirano.

**La niña de Guatemala**

Quiero, a la sombra de un ala,  
contar este cuento en flor:  
la niña de Guatemala,  
la que se murió de amor.  
  
Eran de lirios los ramos;  
y las orlas de reseda  
y de jazmín; la enterramos  
en una caja de seda...  
  
Ella dio al desmemoriado  
una almohadilla de olor;  
él volvió, volvió casado;  
ella se murió de amor.  
  
Iban cargándola en andas  
obispos y embajadores;  
detrás iba el pueblo en tandas,  
todo cargado de flores...  
  
Ella, por volverlo a ver,  
salió a verlo al mirador;  
él volvió con su mujer,  
ella se murió de amor.  
  
Como de bronce candente,  
al beso de despedida,  
era su frente -¡la frente  
que más he amado en mi vida!...  
  
Se entró de tarde en el río,  
la sacó muerta el doctor;  
dicen que murió de frío,  
yo sé que murió de amor.  
  
Allí, en la bóveda helada,  
la pusieron en dos bancos:  
besé su mano afilada,  
besé sus zapatos blancos.  
  
Callado, al oscurecer,  
me llamó el enterrador;  
nunca más he vuelto a ver  
a la que murió de amor.

I

**Yo soy un hombre sincero**

de donde crece la palma,

y antes de morirme quiero

echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,

y hacia todas partes voy:

arte soy entre las artes,

en los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños

de las yerbas y las flores,

y de mortales engaños,

y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura

llover sobre mi cabeza

los rayos de lumbre pura

de la divina belleza.

Alas nacer vi en los hombros

de las mujeres hermosas:

y salir de los escombros

volando las mariposas.

He visto vivir a un hombre

con el puñal al costado,

sin decir jamás el nombre

de aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,

dos veces vi el alma, dos:

cuando murió el pobre viejo,

cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez, —en la reja,

a la entrada de la viña,—

cuando la bárbara abeja

picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte

que gocé cual nunca: —cuando

la sentencia de mi muerte

leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través

de las tierras y la mar,

y no es un suspiro, —es

que mi hijo va a despertar.

dicen que del joyero

tome la joya mejor,

tomo a un amigo sincero

y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida

volar al azul sereno,

y morir en su guarida

la víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo

cede, lívido, al descanso,

sobre el silencio profundo

murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,

de horror y júbilo yerta,

sobre la estrella apagada

que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo

la pena que me lo hiere:

el hijo de un pueblo esclavo

vive por él, calla, y muere.

Todo es hermoso y constante,

todo es música y razón,

y todo, como el diamante,

antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra

con gran lujo y con gran llanto,—

y que no hay fruta en la tierra

como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito

la pompa del rimador:

cuelgo de un árbol marchito

mi muceta de doctor.

V-**SI VES UN MONTE DE ESPUMAS...**

Si ves un monte de espumas,  
Es mi verso lo que ves,  
Mi verso es un monte, y es  
Un abanico de plumas.

   Mi verso es como un puñal  
Que por el puño echa flor:  
Mi verso es un surtidor  
Que da un agua de coral.

   Mi verso es de un verde claro  
Y de un carmín encendido:  
Mi verso es un ciervo herido  
Que busca en el monte amparo.

   Mi verso al valiente agrada:  
Mi verso, breve y sincero,  
Es del vigor del acero  
Conque se funde la espada.

**Julián del Casal**

**El arte**

Cuando la vida, como fardo inmenso,  
Pesa sobre el espíritu cansado  
Y ante el último Dios flota quemado  
El postrer grano de fragante incienso;  
  
Cuando probamos, con afán intenso,  
De todo amargo fruto envenenado  
Y el hastío, con rostro enmascarado,  
Nos sale al paso en el camino extenso;  
  
El alma grande, solitaria y pura  
Que la mezquina realidad desdeña,  
Halla en el Arte dichas ignoradas,  
  
Como el alción, en fría noche obscura,  
Asilo busca en la musgosa peña  
Que inunda el mar azul de olas plateadas.

# **Mis amores**

Soneto Pompadour

Amo el bronce, el cristal, las porcelanas,   
Las vidrieras de múltiples colores,   
Los tapices pintados de oro y flores   
Y las brillantes lunas venecianas.

Amo también las bellas castellanas,   
La canción de los viejos trovadores,   
Los árabes corceles voladores,   
Las flébiles baladas alemanas;

El rico piano de marfil sonoro,   
El sonido del cuerno en la espesura,   
Del pebetero la fragante esencia,

Y el lecho de marfil, sándalo y oro,   
En que deja la virgen hermosura   
La ensangrentada flor de su inocencia.

# **Tristissima nox**

Noche de soledad. Rumor confuso   
Hace el viento surgir de la arboleda,   
Donde su red de transparente seda   
Grisácea araña entre las hojas puso.

Del horizonte hasta el confín difuso   
La onda marina sollozando rueda   
Y, con su forma insólita, remeda   
Tritón cansado ante el cerebro iluso.

Mientras del sueño bajo el firme amparo   
Todo yace dormido en la penumbra,   
Sólo mi pensamiento vela en calma,

Como la llama de escondido faro   
Que con sus rayos fúlgidos alumbra   
El vacío profundo de mi alma.

**Neurosis**

Noemí, la pálida pecadora

de los cabellos color de aurora

y las pupilas de verde mar,

entre cojines de raso lila,

con el espíritu de Dalila,

deshoja el cáliz de un azahar.

Arde a sus plantas la chimenea

donde la leña chisporrotea

lanzando en torno seco rumor,

y alzada tiene su tapa el piano

en que vagaba su blanca mano

cual mariposa de flor en flor.

Blanco abanico y azul sombrilla,

con unos guantes de cabritilla

yacen encima del canapé,

mientras en taza de porcelana,

hecha con tintes de la mañana,

humea el alma verde del té.

Pero ¿qué piensa la hermosa dama?

¿Es que su príncipe ya no la ama

como en los días del amor feliz,

o que en los cofres del gabinete

ya no conserva ningún billete

de los que obtuvo por un desliz?

¿Es que la rinde cruel anemia?

¿Es que en sus búcaros de Bohemia

rayos de luna quiere encerrar,

o que, con suave mano de seda,

del blanco cisne que amaba Leda

ansía las plumas acariciar?

¡Ay!, es que en horas de desvarío

para consuelo del regio hastío

que en su alma esparce quietud mortal,

un sueño antiguo le ha aconsejado

beber en copa de ónix labrado

la roja sangre de un tigre real.

**Crepuscular**

Como vienes rajado sangra el ocaso,

manchando con sus chorros de sangre humeante

de la mar celeste estañada la onda espejeante.

Alzan sus moles húmedas los arrecifes

donde el chirrido agudo de las gaviotas,

mezclando a los crujidos de los esquifes,

agujerea al aire de extrañas notas.

Va la sombra extendiendo sus pabellones,

rodea el horizonte cinta de plata,

y, dejando las brumas hechas jirones,

parece cada faro flor escarlata.

Como ramos que ornaron senos de ondinas

y que surgen nadando de infecto lodo,

vagan sobre ondas algas marinas

impregnadas de espumas, salitre y yodo.

Ábrense las estrellas como pupilas,

imitan los celajes negruzcas focas

y, extinguiendo las voces de las esquilas,

pasa el viento ladrando sobre las rocas.

**José Asunción Silva**

Paisaje tropical

Magia adormecedora vierte el río

en la calma monótona del viaje,

cuando borra los lejos del paisaje

la sombra que se extiende en el vacío.

Oculta en sus negruras al bohío

la maraña tupida, y el follaje

semeja los calados de un encaje,

al caer del crepúsculo sombrío.

Venus se enciende en el espacio puro.

La corriente dormida, una piragua

rompe en su viaje rápido y seguro,

y con sus nubes el Poniente fragua

otro cielo rosado y verdeoscuro

en los espejos húmedos del agua.

Nocturno III

Una noche,

una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de

músicas de alas;

una noche

en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las

luciérnagas fantásticas,

a mi lado lentamente, contra mí ceñida toda, muda y

pálida,

como si un presentimiento de amarguras infinitas

hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,

por la senda florecida que atraviesa la llanura

caminabas;

y la luna llena

por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su

luz blanca;

y tu sombra

fina y lánguida,

y mi sombra,

por los rayos de la luna proyectadas,

sobre las arenas tristes

de la senda se juntaban;

y eran una,

y eran una,

y eran una sola sombra larga,

y eran una sola sombra larga,

y eran una sola sombra larga . . .

Esta noche

solo; el alma

llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,

separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la

distancia,

por el infinito negro

donde nuestra voz no alcanza,

mudo y solo

por la senda caminaba . . .

Y se oían los ladridos de los perros a la luna,

a la luna pálida,

y el chirrido

de las ranas . . .

Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba

tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,

entre las blancuras níveas

de las mortuorias sábanas.

Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,

era el frío de la nada . . .

Y mi sombra,

por los rayos de la luna proyectada,

iba sola,

iba sola,

iba sola por la estepa solitaria;

y tu sombra esbelta y ágil,

fina y lánguida,

como en esa noche tibia de la muerta primavera,

como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de

músicas de alas,

se acercó y marchó con ella,

se acercó y marchó con ella,

se acercó y marchó con ella . . .

¡Oh las sombras enlazadas!

¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las

sombras de las almas!

¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y

de lágrimas!

Día de difuntos

La luz vaga . . . opaco el día . . .

La llovizna cae y moja

con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría;

por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja

un obscuro velo opaco, de letal melancolía,

y no hay nadie que en lo íntimo no se aquiete y se recoja,

al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,

y al oír en las alturas

melancólicas y obscuras

los acentos dejativos

y tristísimos e inciertos

con que suenan las campanas,

las campanas plañideras que les hablan a los vivos

de los muertos.

Y hay algo de angustioso y de incierto

que mezcla a ese sonido su sonido,

e inarmónico vibra en el concierto

que alzan los bronces al tocar a muerto

por todos los que han sido.

Es la voz de una campana

que va marcando la hora,

hoy lo mismo que mañana,

rítmica, igual y sonora;

una campana se queja

y la otra campana llora,

ésta tiene voz de vieja

y ésa de niña que ora.

Las campanas más grandes que dan un doble recio

suenan con acento de místico desprecio;

mas la campana que da la hora

ríe, no llora;

tiene en su timbre seco sutiles ironías;

su voz parece que habla de goces, de alegrías,

de placeres, de citas, de fiestas y de bailes,

de las preocupaciones que llenan nuestros días;

es una voz del siglo entre un coro de frailes,

y con sus notas se ríe

escéptica y burladora

de la campana que ruega,

de la campana que implora,

y de cuanto aquel coro conmemora;

y es que con su retintín

ella midió el dolor humano

y marcó del dolor el fin.

Por eso se ríe del grave esquilón

que suena allá arriba con fúnebre son;

por eso interrumpe los tristes conciertos

con que el bronce santo llora por los muertos.

No le oigáis, oh bronces, no le oigáis, campanas,

que con la voz grave de ese clamoreo

rogáis por los seres que duermen ahora

lejos de la vida, libres del deseo,

lejos de las rudas batallas humanas;

seguid en el aire vuestro bamboleo,

¡no le oigáis, campanas! . . .

Contra lo imposible, ¿qué puede el deseo?

Allá arriba suena,

rítmica y serena,

esa voz de oro,

y sin que lo impidan sus graves hermanas

que rezan en coro,

la campana del reloj

suena, suena, suena ahora

y dice que ella marcó,

con su vibración sonora,

de los olvidos la hora;

que después de la velada

que pasó cada difunto

en una sala enlutada

y con la familia junto

en dolorosa actitud,

mientras la luz de los cirios

alumbraba el ataúd

y las coronas de lirios;

que después de la tristura,

de los gritos de dolor,

de las frases de amargura,

del llanto desgarrador,

marcó ella misma el momento

en que con la languidez

del luto, huyó el pensamiento

del muerto, y el sentimiento,

seis meses más tarde . . . o diez.

Y hoy, día de los muertos . . . ahora que flota

en las nieblas grises la melancolía,

en que la llovizna cae gota a gota

y con sus tristezas los nervios embota,

y envuelve en un manto la ciudad sombría;

ella, que ha marcado la hora y el día

en que a cada casa lúgubre y vacía

tras el luto breve volvió la alegría;

ella, que ha marcado la hora del baile

en que al año justo un vestido aéreo

estrena la niña, cuya madre duerme

olvidada y sola en el cementerio;

suena indiferente a la voz de fraile

del esquilón grave a su canto serio;

ella, que ha medido la hora precisa

en que a cada boca que el dolor sellaba

como por encanto volvió la sonrisa,

esa precursora de la carcajada;

ella, que ha marcado la hora en que el viudo

habló de suicidio y pidió el arsénico,

cuando aún en la alcoba recién perfumada

flotaba el aroma del ácido fénico;

y ha marcado luego la hora en que mudo

por las emociones con que el gozo agobia,

para que lo unieran con sagrado nudo

a la misma iglesia fue con otra novia;

¡ella no comprende nada del misterio

de aquellas quejumbres que pueblan el aire,

y lo ve en la vida todo jocoserio;

y sigue marcando con el mismo modo,

el mismo entusiasmo y el mismo desgaire

la huída del tiempo que lo borra todo!

Y eso es lo angustioso y lo incierto

que flota en el sonido;

ésa es la nota irónica que vibra en el concierto

que alzan los bronces al tocar a muerto

por todos los que han sido.

Es la voz fina y sutil

de vibraciones de cristal

que con acento juvenil,

indiferente al bien y al mal,

mide lo mismo la hora vil

que la sublime y la fatal,

y resuena en las alturas

melancólicas y obscuras

sin tener en su tañido

claro, rítmico y sonoro,

los acentos dejativos

y tristísimos e inciertos

de aquel misterioso coro

con que suenan las campanas . . .

¡las campanas plañideras,

que les hablan a los vivos

de los muertos! . . .

**Ars**

El verso es vaso santo; poned en él tan sólo

un pensamiento puro,

en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes

como burbujas de oro de un viejo vino oscuro.

Allí verted las flores que la continua lucha

ajó del mundo frío,

recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,

y nardos empapados en gotas de rocío.

Para que la existencia mísera se embalsame

cual de una ciencia ignota,

quemándose en el fuego del alma enternecida

de aquel supremo bálsamo, ¡basta una sola gota!

Rubén Darío

Era un aire suave . . .

Era un aire suave de pausados giros;

el Hada Harmonía ritmaba sus vuelos;

e iban frases vagas y tenues suspiros,

entre los sollozos de los violoncelos.

Sobre la terraza, junto a los ramajes,

diríase un trémolo de liras eolias,

cuando acariciaban los sedosos trajes

sobre el tallo erguido las altas magnolias.

La marquesa Eulalia, risas y desvíos

daba a un tiempo mismo para dos rivales:

el vizconde rubio de los desafíos

y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,

reía en su máscara Término barbudo,

y como un efebo que fuese una niña,

mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un boscaje, del amor palestra,

sobre el rico zócalo al modo de Jonia,

con un candelabro prendido en la diestra

volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas,

un coro de sones alados se oía;

galantes pavanas, fugaces gavotas,

cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros

ríe, ríe, ríe la divina Eulalia,

pues son su tesoro las flechas de Eros,

el cinto de Cipria, la rueca de Onfalia.

¡Ay de quien sus mieles y frases recoja!

¡Ay de quien del canto de su amor se fíe!

Con sus ojos lindos y su boca roja,

la divina Eulalia ríe, ríe, ríe!

Tiene azules ojos, es maligna y bella;

cuando mira vierte viva luz extraña:

se asoma a sus húmedas pupilas de estrella

el alma del rubio cristal de Champaña.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes

ostenta su gloria de triunfos mundanos.

La divina Eulalia, vestida de encajes,

una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina

a la alegre música de un pájaro iguala,

con los staccatti de una bailarina

y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala

bajo el ala a veces ocultando el pico;

que desdenes rudos lanza bajo el ala,

bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando a media noche sus notas arranque,

y en arpegios áureos gima Filomela,

y el ebúrneo cisne, sobre el quieto estanque,

como blanca góndola imprima su estela,

la marquesa alegre llegará al boscaje,

boscaje que cubre la amable glorieta

donde han de estrecharla los brazos de un paje,

que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia

que en la brisa errante la orquesta deslíe,

junto a los rivales, la divina Eulalia,

la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

¿Fue, acaso, en el tiempo del Rey Luis de Francia

sol con corte de astros, en campo de azur?

¿Cuando los alcázares llenó de fragancia

la regia y pomposa rosa Pompadour?

¿Fue cuando la bella su falda cogía,

con dedos de ninfa, bailando el minué,

y de los compases el ritmo seguía

sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastoras de floridos valles

ornaban con cintas sus albos corderos

y oían, divinas Tirsis de Versalles,

las declaraciones de los caballeros?

¿Fue, en ese buen tiempo de duques pastores,

de amantes princesas y tiernos galanes,

cuando entre sonrisas y perlas y flores

iban las casacas de los chambelanes?

¿Fue, acaso, en el Norte o en el Mediodía?

Yo el tiempo y el día y el país ignoro,

pero sé que Eulalia ríe todavía

¡y es cruel y es eterna su risa de oro!

El cisne

Fue en una hora divina para el género humano.

El Cisne antes cantaba sólo para morir.

Cuando se oyó el acento del Cisne wagneriano

fue en medio de una aurora, fue para revivir.

Sobre las tempestades del humano océano

se oye el canto del Cisne; no se cesa de oír,

dominando el martillo del viejo Thor germano

o las trompas que canta la espada de Argantir.

¡Oh Cisne! ¡Oh sacro pájaro! Si antes la blanca Helena

del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,

siendo de la Hermosura la princesa inmortal,

bajo tus blancas alas la nueva Poesía

concibe en una gloria de luz y de armonía

la Helena eterna y pura que encarna el ideal.

Yo soy aquel que ayer no más decía . . .

Yo soy aquel que ayer no más decía

el verso azul y la canción profana,

en cuya noche un ruiseñor había

que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,

lleno de rosas y de cisnes vagos;

el dueño de las tórtolas, el dueño

de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo

y muy moderno; audaz, cosmopolita;

con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,

y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,

mi juventud . . . ¿fue juventud la mía?

Sus rosas aún me dejan la fragancia . . .

una fragancia de melancolía . . .

Potro sin freno se lanzó mi instinto,

mi juventud montó potro sin freno;

iba embriagada y con puñal al cinto;

si no cayó, fue porque Dios es bueno.

En mi jardín se vio una estatua bella;

se juzgó mármol y era carne viva;

una alma joven habitaba en ella,

sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera

que encerrada en silencio no salía,

sino cuando en la dulce primavera

era la hora de la melodía . . .

Hora de ocaso y de discreto beso;

hora crepuscular y de retiro;

hora de madrigal y de embeleso,

de «te adoro», de «¡ay!» y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego

de misteriosas gamas cristalinas,

un renovar de notas del Pan griego

y un desgranar de músicas latinas.

Con aire tal y con ardor tan vivo,

que a la estatua nacían de repente

en el muslo viril patas de chivo

y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina

me encantó la marquesa verleniana,

y así juntaba a la pasión divina

una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura

y vigor natural; y sin falsía,

y sin comedia y sin literatura . . .

si hay un alma sincera, ésa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;

quise encerrarme dentro de mí mismo,

y tuve hambre de espacio y sed de cielo

desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura

en el jugo del mar, fue el dulce y tierno

corazón mío, henchido de amargura

por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia

el Bien supo elegir la mejor parte

y si hubo áspera hiel en mi existencia,

melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,

bañó el agua castalia el alma mía,

peregrinó mi corazón y trajo

de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda

emanación del corazón divino

de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda

fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,

allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;

mientras abajo el sátiro fornica,

ebria de azul deslíe Filomela.

Perla de ensueño y música amorosa

en la cúpula en flor del laurel verde,

Hipsipila sutil liba en la rosa,

y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra,

y la caña de Pan se alza del lodo;

la eterna vida sus semillas siembra,

y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,

temblando de deseo y fiebre santa,

sobre cardo heridor y espina aguda:

así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama

produce la interior llama infinita.

El arte puro como Cristo exclama:

EGO SUM LUX ET VERITAS ET VITA!

Y la vida es misterio, la luz ciega

y la verdad inaccesible asombra;

la adusta perfección jamás se entrega,

y el secreto ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente;

de desnuda que está brilla la estrella;

el agua dice el alma de la fuente

en la voz de cristal que fluye de ella.

Tal fue mi intento, hacer del alma pura

mía, una estrella, una fuente sonora,

con el horror de la literatura

y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta

que los celestes éxtasis inspira,

bruma y tono menor—¡toda la flauta!,

y Aurora, hija del Sol—¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;

pasó una flecha que aguzó un violento.

La piedra de la honda fue a la onda,

y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;

con el fuego interior todo se abrasa;

se triunfa del rencor y de la muerte,

y hacia Belén ... ¡la caravana pasa!

Canción de otoño en primavera

Juventud, divino tesoro,

¡ya te vas para no volver!

Cuando quiero llorar, no lloro...

y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste

historia de mi corazón.

Era una dulce niña, en este

mundo de duelo y de aflicción.

Miraba como el alba pura;

sonreía como una flor.

Era su cabellera obscura

hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.

Ella, naturalmente, fue,

para mi amor hecho de armiño,

Herodías y Salomé...

Juventud, divino tesoro,

¡ya te vas para no volver...!

Cuando quiero llorar, no lloro,

y a veces lloro sin querer...

La otra fue más sensitiva,

y más consoladora y más

halagadora y expresiva,

cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura

una pasión violenta unía.

En un peplo de gasa pura

una bacante se envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño

y lo arrulló como a un bebé...

Y le mató triste y pequeño,

falto de luz, falto de fe...

Juventud, divino tesoro,

¡te fuiste para no volver!

Cuando quiero llorar, no lloro,

y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca

el estuche de su pasión;

y que me roería, loca,

con sus dientes el corazón.

Poniendo en un amor de exceso

la mira de su voluntad,

mientras eran abrazo y beso

síntesis de eternidad;

y de nuestra carne ligera

imaginar siempre un Edén,

sin pensar que la Primavera

y la carne acaban también...

Juventud, divino tesoro,

¡ya te vas para no volver!

Cuando quiero llorar, no lloro,

y a veces lloro sin querer!

¡Y las demás! en tantos climas,

en tantas tierras, siempre son,

si no pretextos de mis rimas,

fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa

que estaba triste de esperar.

La vida es dura. Amarga y pesa.

¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,

mi sed de amor no tiene fin;

con el cabello gris me acerco

a los rosales del jardín...

Juventud, divino tesoro,

ya te vas para no volver...

Cuando quiero llorar, no lloro,

y a veces lloro sin querer...

¡Mas es mía el Alba de oro!

Yo persigo una forma...

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,

botón de pensamiento que busca ser la rosa;

se anuncia con un beso que en mis labios se posa

al abrazo imposible de la Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo;

los astros me han predicho la visión de la Diosa;

y en mi alma reposa la luz, como reposa

el ave de la luna sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye,

la iniciación melódica que de la flauta fluye

y la barca del sueño que en el espacio boga;

y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,

el sollozo continuo del chorro de la fuente

y el cuello del gran cisne blanco

que me interroga.

**A Roosevelt**

Es con voz de Biblia, o verso de Walt Whitman,

que habría que llegar hasta ti, Cazador!

Primitivo y moderno, sencillo y complicado,

con un algo de Washington y cuatro de Nemrod!

Eres los Estados Unidos,

eres el futuro invasor

de la América ingenua que tiene sangre indígena,

que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;

eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.

Y domando caballos o asesinando tigres,

eres un Alejandro- Nabucodonosor.

(Eres un profesor de Energía

como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio,

que el progreso es erupción;

que en donde pones la bala

el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.

Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor

que pasa por las vértebras enormes de los Andes.

Si clamáis se oye como el rugir del león.

Ya Hugo a Grant lo dijo: Las estrellas son vuestras.

(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol

y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.

Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;

y alumbrando el camino de la fácil conquista,

la Libertad levanta su antorcha en Nueva-York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas

desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,

que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,

que el alfabeto pánico aprendió;

que consultó los astros, que conoció la Atlántida

cuyo nombre nos llega resonando en Platón,

que desde los remotos momentos de su vida

vive vida de luz, de fuego, de perfumes, de amor,

la América del grande Moctezuma, del Inca,

la América fragrante de Cristóbal Colón,

la América católica, la América española,

la América en que dijo el noble Guatemoc:

«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América

que tiembla de huracanes y que vive de amor;

hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.

Y sueña. Y ama, y vibra; y es hija del Sol.

Tened cuidado. ¡Vive la América española!

Hay mil cachorros sueltos del León Español.

Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,

el Riflero terrible y el fuerte Cazador,

para poder tenemos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

**Lo fatal**

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,

y más la piedra dura porque ésa ya no siente,

pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,

ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,

y el temor de haber sido y un futuro terror...

y el espanto seguro de estar mañana muerto,

y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,

y la carme que tienta ton sus frescos racimos,

y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,

y no saber adónde vamos,

ni de dónde venimos...!

**Tarde de trópico**

Es la tarde gris y triste.

Viste el mar de terciopelo

y el cielo profundo viste

de duelo.

Del abismo se levanta

la queja amarga y sonora.

La onda, cuando el viento canta,

llora.

Los violines de la bruma

saludan al sol que muere.

Salmodia de blanca espuma;

miserere.

La armonía el cielo inunda,

y la brisa va a llevar

la canción triste y profunda

del mar.

Del clarín del horizonte

brota sinfonía rara,

como si la voz del monte

vibrara.

Cual si fuese lo invisible…

cual si fuese el rudo son

que diese al viento un terrible león.

**Julio Herrera y Reissig**

**El despertar**

Alisia y Cloris abren de par en par la puerta,

y, torpes, con el dorso de la mano haragana,

restréganse los húmedos ojos de lumbre incierta

por donde huyen los últimos sueños de la mañana . . .

La inocencia del día se lava en la fontana,

el arado en el surco vagoroso despierta,

y en torno de la casa rectoral, la sotana

del cura se pasea gravemente en la huerta . . .

Todo suspira y ríe. La placidez remota

de la montaña sueña celestiales rutinas.

El esquilón repite siempre la misma nota

de grillo de las cándidas églogas matutinas,

y hacia la aurora sesgan agudas golondrinas,

como flechas perdidas de la noche en derrota.

La vuelta de los campos

La tarde paga en oro divino las faenas . . .

Se ven limpias mujeres vestidas de percales,

trenzando sus cabellos con tilos y azucenas,

o haciendo sus labores de aguja en los umbrales.

Zapatos claveteados y báculos y chales . . .

Dos mozas con sus cántaros se deslizan apenas.

Huye el vuelo sonámbulo de las horas serenas.

Un suspiro de Arcadia peina los matorrales . . .

Cae un silencio austero . . . Del charco que se nimba,

estalla una gangosa balada de marimba.

Los lagos se amortiguan con espectrales lampos;

las cumbres, ya quiméricas, corónanse de rosas . . .

Y humean, a lo lejos, las rutas polvorosas

por donde los labriegos regresan de los campos.

**Ricardo James Freyre**

**Los héroes**

Por sanguinario ardor estremecido,

hundiendo en su corcel el acicate,

lanza el Bárbaro en medio del combate

su pavoroso y lúgubre alarido.

Semidesnudo, sudoroso, herido,

de intenso gozo su cerebro late,

y con su escudo al enemigo abate,

ya del espanto y del dolor vencido.

Surge de pronto claridad extraña,

y el horizonte tenebroso baña

un mar de fuego de purpúreas ondas,

y se destacan, entre lampos rojos,

los anchos pechos, los sangrientos ojos

y las hirsutas cabelleras blondas.

**El camino de los cisnes**

Crespas olas adheridas a las crines

de los ásperos corceles de los vientos;

alumbradas por rojizos resplandores,

cuando en yunque de montañas su matillo bate el trueno.

Crespas olas que las nubes oscurecen

con sus cuerpos desgarrados y sangrientos,

que se esfuman lentamente en los crepúsculos.

Turbios ojos de la Noche, circundados de Misterio.

Crespas olas que cobijan los amores

de los monstruos espantables en su seno,

cuando entona la gran voz de las borrascas

su salvajes epitalamio como un himno gigantesco.

Crespas olas que se arrojan a las playas

coronadas por enormes ventisqueros,

donde turban con sollozos convulsivos

el silencio indiferente de la noche de los hielos.

Crespas olas que la quilla despedaza

bajo el rayo de los ojos del guerrero,

que ilumina las entrañas palpitantes

del Camino de los Cisnes para el Rey del Mar abierto

Leopoldo Lugones

La muerte de la luna

En el parque confuso

que con lánguidas brisas el cielo sahúma,

el ciprés, corno un huso,

devana un ovillo de bruma.

El telar de la luna tiende en plata su urdimbre;

abandona la rada un lúgubre corsario,

y después suena un timbre

en el vecindario.

Sobre el horizonte malva

de una mar argentina,

en curva de frente calva

la luna se inclina,

o bien un vago nácar disemina

como la valva

de una madreperla a flor del agua marina.

Un brillo de lóbrego frasco

adquiere cada ola,

y la noche cual enorme peñasco

va quedándose inmensamente sola.

Forma el tic-tac de un reloj accesorio,

la tela de la vida, cual siniestro pespunte.

Flota en la noche de blancor mortuorio

una benzoica insipidez de sanatorio,

y cada transeúnte

parece una silueta del Purgatorio.

Con emoción prosaica,

suena lejos, en canto de lúgubre alarde,

una voz de hombre desgraciado, en que arde

el calor negro del ron de Jamaica.

Y reina en el espíritu con subconciencia arcaica,

el miedo de lo demasiado tarde.

Tras del horizonte abstracto,

húndese al fin la luna con lúgubre abandono,

y las tinieblas palpan como el tacto

de un helado y sombrío mono.

Sobre las lunares huellas,

a un azar de eternidad y desdicha,

Orión juega su ficha

en problemático dominó de estrellas.

El frescor nocturno

triunfa de tu amoroso empeño,

y domina tu frente con peso taciturno

el negro racimo del sueño.

En el fugaz desvarío

con que te embargan soñadas visiones,

vacilan las constelaciones;

y en un sueño formado de aroma y de estío,

flota un antiguo cansancio

de Bizancio...

Languideciendo en la íntima baranda,

sin ilusión alguna

contestas a mi trémula demanda.

Al mismo tiempo que la luna,

una gran perla se apaga en tu meñique;

disipa la brisa retardados sonrojos;

y el cielo como una barca que se va a pique,

definitivamente naufraga en tus ojos.

**Salmo pluvial**

TORMENTA

Érase una caverna de agua sombría el cielo;

el trueno, a la distancia, rodaba su peñón;

y una remota brisa de conturbado vuelo,

se acidulaba en tenue frescura de limón.

Como caliente polen exhaló el campo seco

un relente de trébol lo que empezó a llover.

Bajo la lenta sombra, colgada en denso fleco,

se vio al cardal con vívidos azules florecer.

Una fulmínea verga rompió el aire al soslayo;

Sobre la tierra atónita cruzó un vapor mortal;

y el firmamento entero se derrumbó en un rayo,

como en inmenso techo de hierro y de cristal.

LLUVIA

Y un mimbreral vibrante fue el chubasco resuelto

que plantaba sus líquidas varillas al trasluz,

o en pajonales de agua se espesaba revuelto,

descerrajando al paso su pródigo arcabuz.

Saltó la alegre lluvia por taludes y cauces;

descolgó del tejado sonoro caracol;

y luego, allá a lo lejos, se desnudó en los sauces,

transparente y dorada bajo un rayo de sol.

CALMA

Delicia de los árboles que abrevó el aguacero.

Delicia de los gárrulos raudales en desliz.

Cristalina delicia del trino del jilguero.

Delicia serenísima de la tarde feliz.

PLENITUD

El cerro azul estaba fragante de romero,

Y en los profundos campos silbaba la perdiz.

**González Martinez** **Enrique**

# **Tuércele El Cuello Al Cisne**

Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje

que da su nota blanca al azul de la fuente;

él pasea su gracia no más, pero no siente

el alma de las cosas ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje

que no vayan acordes con el ritmo latente

de la vida profunda... y adora intensamente

la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira al sapiente búho cómo tiende las alas

desde el Olimpo, deja el regazo de Palas

y posa en aquel árbol el vuelo taciturno...

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta

pupila, que se clava en la sombra, interpreta

el misterioso libro del silencio nocturno.

**Gabriela Mistral**

Desolación

La bruma espesa, eterna, para que olvide dónde

me ha arrojado la mar en su ola de salmuera.

La tierra a la que vine no tiene primavera:

tiene su noche larga que cual madre me esconde.

El viento hace a mi casa su ronda de sollozos

y de alarido, y quiebra, como un cristal, mi grito.

Y en la llanura blanca, de horizonte infinito,

miro morir inmensos ocasos dolorosos.

¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido

si más lejos que ella sólo fueron los muertos ?

¡Tan sólo ellos contemplan un mar callado y yerto

crecer entre sus brazos y los brazos queridos!

Los barcos cuyas velas blanquean en el puerto

vienen de tierras donde no están los que son míos;

sus hombres de ojos claros no conocen mis ríos

y traen frutos pálidos, sin la luz de mis huertos.

Y la interrogación que sube a mi garganta

al mirarlos pasar, me desciende, vencida:

hablan extrañas lenguas y no la conmovida

lengua que en tierras de oro mi vieja madre canta.

Miro bajar la nieve como el polvo en la huesa;

miro crecer la niebla como el agonizante,

y por no enloquecer no cuento los instantes,

porque la noche larga ahora tan sólo empieza.

Miro el llano extasiado y recojo su duelo,

que vine para ver los paisajes mortales.

La nieve es el semblante que asoma a mis cristales;

¡siempre será la albura bajando de los cielos!

Siempre ella, silenciosa, como la gran mirada

de Dios sobre mí; siempre su azahar sobre mi casa;

siempre, como el destino que ni mengua ni pasa,

descenderá a cubrirme, terrible y extasiada.

1. **Sol del trópico**

Sol de los Incas, sol de los Mayas,

maduro sol americano,

sol en que mayas y quichés

reconocieron y adoraron,

y en el que viejos aimaras

como el ámbar fueron quemados.

Faisán rojo cuando levantas

y cuando medias, faisán blanco,

sol pintador y tatuador

de casta de hombre y de leopardo.

Sol de montañas y de valles,

de los abismos y los llanos,

Rafael de las marchas nuestras,

lebrel de oro de nuestros pasos,

por toda tierra y todo mar

santo y seña de mis hermanos.

Si nos perdemos, que nos busquen

en unos limos abrasados,

donde existe el árbol del pan

y padece el árbol del bálsamo (1).

Sol del Cuzco, blanco en la puna,

Sol de México, canto dorado,

canto rodado sobre el Mayab (2),

maíz de fuego no comulgado,

por el que gimen las gargantas

levantadas a tu viático;

corriendo vas por los azules

estrictos o jesucristianos,

ciervo blanco o enrojecido,

siempre herido, nunca cazado...

Sol de los Andes, cifra nuestra,

veedor de hombres americanos,

pastor ardiendo de grey ardiendo

y tierra ardiendo en su milagro,

que ni se funde ni nos funde,

que no devora ni es devorado;

quetzal de fuego emblanquecido

que cría y nutre pueblos mágicos;

llama pasmado en rutas blancas

guiando llamas alucinados...

Raíz del cielo, curador

de los indios alanceados;

brazo santo cuando los salvas,

cuando los matas, amor santo.

Quetzalcóatl, padre de oficios

de la casta de ojo almendrado,

el moledor de los añiles,

el tejedor de algodón cándido.

Los telares indios enhebras

con colibríes alocados

y das las grecas pintureadas

al mujerío de Tacámbaro.

¡Pájaro Roc (3), plumón que empolla

dos orientes desenfrenados!

Llegas piadoso y absoluto

según los dioses no llegaron,

tórtolas blancas en bandada,

maná que baja sin doblarnos.

No sabemos qué es lo que hicimos

para vivir transfigurados.

En especies solares nuestros

Viracochas se confesaron,

y sus cuerpos los recogimos

en sacramento calcinado.

A tu llama fie a los míos,

en parva de ascuas acostados.

Sobre tendal de salamandras

duermen y sueñan sus cuerpos santos.

O caminan contra el crepúsculo,

encendidos como retamos,

azafranes sobre el poniente,

medio Adanes, medio topacios...

Desnuda mírame y reconóceme,

si no me viste en cuarenta años,

con Pirámide de tu nombre (4),

con pitahayas y con mangos,

con los flamencos de la aurora

y los lagartos tornasolados.

¡Como el maguey, como la yuca,

como el cántaro del peruano,

como la jícara de Uruapan,

como la quena de mil años,

a ti me vuelvo, a ti me entrego,

en ti me abro, en ti me baño!

Tómame como los tomaste,

el poro al poro, el gajo al gajo,

y ponme entre ellos a vivir,

pasmada dentro de tu pasmo.

Pisé los cuarzos extranjeros,

comí sus frutos mercenarios;

en mesa dura y vaso sordo

bebí hidromieles que eran lánguidos;

recé oraciones mortecinas

y me canté los himnos bárbaros (5),

y dormí donde son dragones

rotos y muertos los Zodíacos.

Te devuelvo por mis mayores

formas y bulto en que me alzaron.

Riégame así con rojo riego;

dame el hervir vuelta tu caldo.

Emblanquéceme u oscuréceme

en tus lejías y tus cáusticos.

¡Quémame tú los torpes miedos,

sécame lodos, avienta engaños;

tuéstame habla, árdeme ojos,

sollama boca, resuello y canto,

límpiame oídos, lávame vistas,

purifica manos y tactos!

Hazme las sangres y las leches,

y los tuétanos, y los llantos.

Mis sudores y mis heridas

sécame en lomos y en costados.

Y otra vez íntegra incorpórame

a los coros que te danzaron,

los coros mágicos, mecidos

sobre Palenque y Tihuanaco.

Gentes quechuas y gentes mayas

te juramos lo que jurábamos. 36

De ti rodamos hacia el Tiempo

y subiremos a tu regazo;

de ti caímos en grumos de oro,

en vellón de oro desgajado,

y a ti entraremos rectamente

según dijeron Incas Magos.

¡Como racimos al lagar

volveremos los que bajamos,

como el cardumen de oro sube

a flor de mar arrebatado

y van las grandes anacondas

subiendo al silbo del llamado!

Notas

(1) El llamado “bálsamo del Perú”.

(2) Nombre indígena de Yucatán.

(3) Castellanizo la palabra ajena Rock.

(4) La Pirámide del Sol en México.

(5) Bárbaros, en su recto sentido de ajenos, de extraños.

**II. Cordillera**

¡Cordillera de los Andes,

Madre yacente y Madre que anda,

que de niños nos enloquece

y hace morir cuando nos falta;

que en los metales y el amianto

nos aupaste las entrañas;

hallazgo de los primogénitos,

de Mama Ocllo y Manco Cápac,

tremendo amor y alzado cuerno

del hidromiel de la esperanza!

Jadeadora del Zodíaco,

sobre la esfera galopada;

corredora de meridianos,

piedra Mazzepa que no se cansa,

Atalanta que en la carrera

es el camino y es la marcha,

y nos lleva, pecho con pecho,

a lo madre y lo marejada,

a maná blanco y peán rojo

de nuestra bienaventuranza. 37

Caminas, madre, sin rodillas,

dura de ímpetu y confianza;

con tus siete pueblos caminas

en tus faldas acigüeñadas;

caminas la noche y el día,

desde mi Estrecho a Santa Marta,

y subes de las aguas últimas

la cornamenta del Aconcagua.

Pasas el valle de mis leches,

amoratando la higuerada;

cruzas el cíngulo de fuego

y los ríos Dioscuros lanzas(l);

pruebas Sargassos de salmuera

y desciendes alucinada...

Viboreas de las señales

del camino del Inca Huayna,

veteada de ingenierías

y tropeles de alpaca y llama,

de la hebra del indio atónito

y del ¡ay! de la quena mágica.

Donde son valles, son dulzuras;

donde repechas, das el ansia;

donde azurea el altiplano

es la anchura de la alabanza.

Extendida como una amante

y en los soles reverberada,

punzas al indio y al venado

con el jengibre y con la salvia;

en las carnes vivas te oyes

lento hormiguero, sorda vizcacha;

oyes al puma ayuntamiento

y a la nevera, despeñada,

y te escuchas el propio amor

en tumbo y tumbo de tu lava.

Bajan de ti, bajan cantando,

como de nupcias consumadas,

tumbadores de las caobas

y rompedor de araucarias.

Aleluya por el tenerte

para cosecha de las fábulas,

alto ciervo que vio San Jorge

de cornamenta aureolada

y el fantasma del Viracocha,

vaho de niebla y vaho de habla.

¡Por las noches nos acordamos

de bestia negra y plateada,

leona que era nuestra madre

y de pie nos amamantaba! 38

En los umbrales de mis casas,

tengo tu sombra amoratada.

Hago, sonámbulo, mis rutas,

en seguimiento de tu espalda,

o devanándome en tu niebla,

o tanteando un flanco de arca;

y la tarde me cae al pecho

en una madre desollada.

¡Ancha pasión, por la pasión

de hombros de hijos jadeada!

¡Carne de piedra de la América,

alalí de piedras rodadas,

sueño de piedra que soñamos,

piedras del mundo pastoreadas;

enderezarse de las piedras

para juntarse con sus almas!

¡En el cerco del valle de Elqui

bajo la luna de fantasma,

no sabemos si somos hombres

o somos peñas aprobadas

Vuelven los tiempos en sordo río

y se les oye la arribada

a la meseta de los Cuzcos

que es la peana de la gracia.

Silbaste el silbo subterráneo

a la gente color del ámbar;

no desatamos el mensaje

enrollado de salamandra;

y de tus tajos recogemos

nuestro destino en bocanada.

¡Anduvimos como los hijos

que perdieron signo y palabra,

como beduino o ismaelita,

como las peñas hondeadas,

vagabundos envilecidos,

gajos pisados de vid santa,

vagabundos envilecidos,

como amantes que se encontraran!

Otra vez somos los que fuimos,

cinta de hombres, anillo que anda,

viejo tropel, larga costumbre

en derechura a la peana,

donde quedó la madre augur

que desde cuatro siglos llama,

en toda noche de los Andes

y con el grito que es lanzada. 39

Otra vez suben nuestros coros

y el roto anillo de la danza,

por caminos que eran de chasquis(2)

y en pespunte de llamaradas.

Son otra vez adoratorios

jaloneando la montaña

y la espiral en que columpian

mirra-copal, mirra-copaiba,

¡para tu gozo y nuestro gozo

balsámica y embalsamada!

El fueguino sube al Caribe

por tus punas espejeadas;

a criaturas de salares

y de pinar lleva a las palmas.

Nos devuelves al Quetzalcóatl

acarreándonos al maya,

y en las mesetas cansa-cielos,

donde es la luz transfigurada,

braceadora, ata tus pueblos

como juncales de sabana.

¡Suelde el caldo de tus metales

los pueblos rotos de tus abras;

cose tus ríos vagabundos,

tus vertientes acainadas.

Puño de hielo, palma de fuego,

a hielo y fuego purifícanos!

Te llamemos en aleluya

y en letanía arrebatada.

¡Especie eterna y suspendida,

Alta-ciudad -Torres-doradas,

Pascual Arribo de tu gente,

Arca tendida de tu Alianza!

Notas

(1) El Cauca y el Magdalena.

(2) "Chasquis", correos quechuas.

**Balada**

Él pasó con otra;  
yo le vi pasar.  
Siempre dulce el viento  
y el camino en paz.  
¡Y estos ojos míseros  
le vieron pasar!  
  
Él va amando a otra  
por la tierra en flor.  
Ha abierto el espino;  
pasa una canción.  
¡Y él va amando a otra  
por la tierra en flor!  
  
El besó a la otra  
a orillas del mar;  
resbaló en las olas  
la luna de azahar.  
¡Y no untó mi sangre  
la extensión del mar!  
  
El irá con otra  
por la eternidad.  
Habrá cielos dulces.  
(Dios quiera callar.)  
¡Y él irá con otra  
por la eternidad!

**Dame la mano**

Dame la mano y danzaremos;  
dame la mano y me amarás.  
Como una sola flor seremos,  
como una flor, y nada más...  
  
El mismo verso cantaremos,  
al mismo paso bailarás.  
Como una espiga ondularemos,  
como una espiga, y nada más.  
  
Te llamas Rosa y yo Esperanza;  
pero tu nombre olvidarás,  
porque seremos una danza  
en la colina y nada más...

|  |
| --- |
| **Poema del hijo (**a Alfonsina Storni) |
| I  ¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo y mío, allá en los días del éxtasis ardiente, en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo y un ancho resplandor creció sobre mi frente.  Decía: ¡un hijo!, como el árbol conmovido de primavera alarga sus yemas hacia el cielo. ¡Un hijo con los ojos de Cristo engrandecidos, la frente de estupor y los labios de anhelo!  Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados; el río de mi vida bajando a él, fecundo, y mis entrañas como perfume derramado ungiendo con su marcha las colinas del mundo.  Al cruzar una madre grávida, la miramos con los labios convulsos y los ojos de ruego, cuando en las multitudes con nuestro amor pasamos. ¡Y un niño de ojos dulces nos dejó como ciegos!  En las noches, insomne de dicha y de visiones, la lujuria de fuego no descendió a mi lecho. Para el que nacería vestido de canciones yo extendía mi brazo, yo ahuecaba mi pecho...  El sol no parecíame, para bañarlo, intenso; mirándome, yo odiaba, por toscas, mis rodillas; mi corazón, confuso, temblaba al don inmenso; ¡y un llanto de humildad regaba mis mejillas!  Y no temí a la muerte, disgregadora impura; los ojos de él libraron los tuyos de la nada, y a la mañana espléndida o a la luz insegura yo hubiera caminado bajo de esa mirada...  II Ahora tengo treinta años, y mis sienes jaspea la ceniza precoz de la muerte. En mis días, como la lluvia eterna de los polos, gotea la amargura con lágrimas lentas, salobre y fría.  Mientras arde la llama del pino, sosegada, mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido un hijo mío, infante con mi boca cansada, mi amargo corazón y mi voz de vencido.  Y con tu corazón, el fruto de veneno, y tus labios que hubieran otra vez renegado. Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno, que sólo por ser tuyo me hubiese abandonado.  Y en qué huertas en flor, junto a qué aguas corrientes lavara, en primavera, su sangre de mi pena, si fui triste en las landas y en las tierras clementes, y en toda tarde mística hablaría en sus venas.  Y el horror de que un día, con la boca quemante de rencor, me dijera lo que dije a mi padre: «¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?»  Siento el amargo goce de que duermas abajo en tu lecho de tierra, y un hijo no meciera mi mano, por dormir yo también sin trabajos y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.  Porque yo no cerrara los párpados, y loca escuchase a través de la muerte, y me hincara, deshechas las rodillas, retorcida la boca, si lo viera pasar con mi fiebre en su cara.  Y la tregua de Dios a mí no descendiera: en la carne inocente me hirieran los malvados, y por la eternidad mis venas exprimieran sobre mis hijos de ojos y de frente extasiados.  ¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo y bendito mi vientre en que mi raza muere! ¡La cara de mi madre ya no irá por el mundo ni su voz sobre el viento, trocada en miserere!  La selva hecha cenizas retoñará cien veces y caerá cien veces, bajo el hacha, madura. Caeré para no alzarme en el mes de las mieses; conmigo entran los míos a la noche que dura.  Y como si pagara la deuda de una raza, taladran los dolores mi pecho cual colmena. Vivo una vida entera en cada hora que pasa; como el río hacia el mar, van amargas mis venas.  Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes con un ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan. Se me cansan los labios de las preces fervientes que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.  No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme un brazo con amor para la hora postrera, cuando mi cuello roto no pueda sostenerme y mi mano tantee la sábana ligera.  Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje con los trigos divinos, y sólo a Ti espero, ¡Padre nuestro que estás en los cielos!, recoge mi cabeza mendiga, si en esta noche muero. |
| **II** |

    Ahora tengo treinta años, y en mis sienes jaspea  
la ceniza precoz de la muerte. En mis días,  
como la lluvia eterna de los Polos, gotea  
la amargura con lágrima lenta, salobre y fría.

    Mientras arde la llama del pino, sosegada,  
mirando a mis entrañas pienso qué hubiera sido  
un hijo mío, infante con mi boca cansada,  
mi amargo corazón y mi voz de vencido.

    Y con tu corazón, el fruto de veneno,  
y tus labios que hubieran otra vez renegado.  
Cuarenta lunas él no durmiera en mi seno,  
que sólo por ser tuyo me hubiese abandonado.

    Y en qué huertas en flor, junto a qué aguas corrientes  
lavara, en primavera, su sangre de mi pena,  
si fui triste en las landas y en las tierras clementes,  
y en toda tarde mística hablaría en sus venas.

    Y el horror de que un día con la boca quemante  
de rencor, me dijera lo que dije a mi padre:  
"¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante  
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?".

    Siento el amargo goce de que duermas abajo  
en tu lecho de tierra, y un hijo no meciera  
mi mano, por dormir yo también sin trabajos  
y sin remordimientos, bajo una zarza fiera.

    Porque yo no cerrara los párpados, y loca  
escuchase a través de la muerte, y me hincara,  
deshechas las rodillas, retorcida la boca,  
si lo viera pasar con mi fiebre en su cara.

    Y la tregua de Dios a mí no descendiera:  
en la carne inocente me hirieran los malvados,  
y por la eternidad mis venas exprimieran  
sobre mis hijos de ojos y de frente extasiados.

    ¡Bendito pecho mío en que a mis gentes hundo  
y bendito mi vientre en que mi raza muere!  
La cara de mi madre ya no irá por el mundo  
ni su voz sobre el viento, trocada en *miserere*!

    La selva hecha cenizas retoñará cien veces  
y caerá cien veces, bajo el hacha, madura.  
Caeré para no alzarme en el mes de las mieses;  
conmigo entran los míos *a la noche que dura*.

    Y como si pagara la deuda de una raza,  
taladran los dolores mi pecho cual colmena.  
Vivo una vida entera en cada hora que pasa;  
como el río hacia el mar, van amargas mis venas.

    Mis pobres muertos miran el sol y los ponientes,  
con un ansia tremenda, porque ya en mí se ciegan.  
Se me cansan los labios de las preces fervientes  
que antes que yo enmudezca por mi canción entregan.

    No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme  
un brazo con amor para la hora postrera,  
cuando mi cuello roto no pueda sostenerme  
y mi mano tantee la sábana ligera.

    Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje  
con los trigos divinos, y sólo de Ti espero  
¡Padre Nuestro que estás en los cielos! Recoge  
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!

Juana de Ibarbourou

Rebelde

Caronte: yo seré un escándalo en tu barca.

Mientras las otras sombras recen, giman, o lloren,

y bajo tus miradas de siniestro patriarca

las tímidas y tristes, en bajo acento, oren,

yo iré como una alondra cantando por el río

y llevaré a tu barca mi perfume salvaje,

e irradiaré en las ondas del arroyo sombrío

como una azul linterna que alumbrará en el viaje.

Por más que tú no quieras, por más guiños siniestros

que me hagan tus dos ojos, en el terror maestros,

Caronte, yo en tu barca seré como un escándalo.

Y extenuada de sombra, de valor y de frío,

cuando quieras dejarme a la orilla del río

me bajarán tus brazos cual conquista de vándalo.

**Millonarios**

Tómame de la mano. Vámonos a la lluvia

descalzos y ligeros de ropa, sin paraguas,

con el cabello al viento y el cuerpo a la caricia

oblicua, refrescante y menuda del agua.

¡Que rían los vecinos! Puesto que somos jóvenes

y los dos nos amamos y nos gusta la lluvia,

vamos a ser felices con el gozo sencillo

de un casal de gorriones que en la vía se arrulla.

Más allá están los campos y el camino de acacias

y la quinta suntuosa de aquel pobre señor

millonario y obeso, que con todos sus oros,

no podría comprarnos ni un gramo del tesoro

inefable y supremo que nos ha dado Dios:

ser flexibles, ser jóvenes, estar llenos de amor.

**LA HIGUERA**

Porque es áspera y fea,  
porque todas sus ramas son grises,  
yo le tengo piedad a la higuera.  
  
En mi quinta hay cien árboles bellos,  
ciruelos redondos,  
limoneros rectos  
y naranjos de brotes lustrosos.  
  
En las primaveras,  
todos ellos se cubren de flores  
en torno a la higuera.  
  
Y la pobre parece tan triste  
con sus gajos torcidos que nunca  
de apretados capullos se viste...  
  
Por eso,  
cada vez que yo paso a su lado,  
digo, procurando  
hacer dulce y alegre mi acento:  
«Es la higuera el más bello  
de los árboles todos del huerto».  
  
Si ella escucha,  
si comprende el idioma en que hablo,  
¡qué dulzura tan honda hará nido  
en su alma sensible de árbol!  
  
Y tal vez, a la noche,  
cuando el viento abanique su copa,  
embriagada de gozo le cuente:  
  
¡Hoy a mí me dijeron hermosa!

**Alfonsina Storni**

Tú me quieres blanca

1.Tú me quieres alba;

me quieres de espumas;

me quieres de nácar.

Que sea azucena,

sobre todas, casta.

De perfume tenue.

Corola cerrada.

2.Ni un rayo de luna

filtrado me haya,

ni una margarita

se diga mi hermana.

Tú me quieres blanca;

tú me quieres nívea;

tú me quieres casta.

3.Tú, que hubiste todas

las copas a mano,

de frutos y mieles

los labios morados.

Tú, que en el banquete,

cubierto de pámpanos,

dejaste las carnes

festejando a Baco.

Tú, que en los jardines

negros del Engaño,

vestido de rojo

corriste al Estrago.

4.Tú, que el esqueleto

conservas intacto,

no sé todavía

por cuáles milagros

(Dios te lo perdone),

me pretendes casta

(Dios te lo perdone),

me pretendes alba.

5.Huye hacia los bosques;

vete a la montaña;

límpiate la boca;

vive en las cabañas;

toca con las manos

la tierra mojada;

alimenta el cuerpo

con raíz amarga;

bebe de las rocas;

duerme sobre escarcha;

renueva tejidos

con salitre y agua;

habla con los pájaros

y lévate al alba.

Y cuando las carnes

te sean tornadas,

y cuando hayas puesto

en ellas el alma,

que por las alcobas

se quedó enredada,

entonces, buen hombre,

preténdeme blanca,

preténdeme nívea,

preténdeme casta.

Hombre pequeñito . . .

Hombre pequeñito, hombre pequeñito,

suelta a tu canario que quiere volar . . .

yo soy el canario, hombre pequeñito,

déjame saltar.

Estuve en tu jaula, hombre pequeñito,

hombre pequeñito que jaula me das.

Digo pequeñito porque no me entiendes,

ni me entenderás.

Tampoco te entiendo, pero mientras tanto

ábreme la jaula, que quiero escapar;

hombre pequeñito, te amé media hora,

no me pidas más.

Epitafio para mi tumba

Aquí descanso yo: dice "Alfonsina"

el epitafio claro al que se inclina.

Aquí descanso yo, y en este pozo,

pues que no siento, me solazo y gozo.

Los turbios ojos muertos ya no giran,

los labios, desgranados, no suspiran.

Duermo mi sueño eterno a pierna suelta;

me llaman y no quiero darme vuelta.

Tengo la tierra encima y no la siento;

llega el invierno y no me enfría el viento.

El verano mis sueños no madura,

la primavera el pulso no me apura.

El corazón no tiembla, salta o late,

fuera estoy de la línea de combate.

¿Qué dice el ave aquella, caminante?

Tradúceme su canto perturbante:

"Nace la luna nueva, el mar perfuma,

los cuerpos bellos báñense de espuma.

"Va junio al mar un hombre que en la boca

lleva una abeja libadora y loca:

"Bajo la blanca tela el torso quiere

el otro torso que palpita y muere.

"Los marineros sueñan en las proas,

cantan muchachas desde las canoas

.

"Zarpan los buques y en sus claras cuevas

los hombres parten hacia tierras nuevas.

"La mujer que en el suelo está dormida

y en su epitafio ríe de la vida,

"como es mujer grabó en su sepultura

una mentira aún: la de su hartura."

Voy a dormir

Dientes de flores, cofia de rocío,

manos de hierbas, tú, nodriza fina,

tenme prestas las sábanas terrosas

y el edredón de musgos escardados.

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.

Ponme una lámpara a la cabecera;

una constelación, la que te guste;

todas son buenas, bájala un poquito.

Déjame sola: oyes romper los brotes

te acuna un pie celeste desde arriba

y un pájaro te traza unos compases

para que olvides . . . Gracias . . . Ah, un encargo:

si él llama nuevamente por teléfono

le dices que no insista, que he salido.

Vicente Huidobro

*Altazor* (1931) CANTO II

Mujer el mundo está amueblado por tus ojos

se hace más alto el cielo en tu presencia

la tierra se prolonga de rosa en rosa

y el aire se prolonga de paloma en paloma

Al irte dejas una estrella en tu sitio

dejas caer tus luces como el barco que pasa

mientras te sigue mi canto embrujado

como una serpiente fiel y melancólica

y tú vuelves la cabeza detrás de algún astro

¿Qué combate se libra en el espacio?

Esas lanzas de luz entre planetas

reflejo de armaduras despiadadas

¿qué estrella sanguinaria no quiere ceder el paso?

En dónde estás triste noctámbula

dadora de infinito

que pasea en el bosque de los sueños

Heme aquí perdido entre mares desiertos

solo como la pluma que se cae de un pájaro en la noche

heme aquí en una torre de frío

abrigado del recuerdo de tus labios marítimos

del recuerdo de tus complacencias y de tu cabellera

luminosa y desatada como los ríos de montaña

¿Irías a ser ciega que Dios te dio esas manos?

te pregunto otra vez

El arco de tus cejas tendido para las armas de los ojos

en la ofensiva alada vencedora segura con orgullos de flor

te hablan por mí las piedras aporreadas

te hablan por mí las olas de pájaros sin cielo

te habla por mí el color de los paisajes sin viento

te habla por mí el rebaño de ovejas taciturnas

dormido en tu memoria

te habla por mí el arroyo descubierto

la yerba sobreviviente atada a la aventura

aventura de luz y sangre de horizonte

sin más abrigo que una flor que se apaga

si hay un poco de viento

Las llanuras se pierden bajo tu gracia frágil

se pierde el mundo bajo tu andar visible

pues todo es artificio cuando tú te presentas

con tu luz peligrosa

inocente armonía sin fatiga ni olvido

elemento de lágrima que rueda hacia adentro

construido de miedo altivo y de silencio

Haces dudar al tiempo

y al cielo con instintos de infinito

lejos de ti todo es mortal

lanzas la agonía por la tierra humillada de noches

sólo lo que piensa en ti tiene sabor a eternidad

He aquí tu estrella que pasa

con tu respiración de fatigas lejanas

con tus gestos y tu modo de andar

con el espacio magnetizado que te saluda

que nos separa con leguas de noche

Sin embargo te advierto que estamos cosidos

a la misma estrella

estamos cosidos por la misma música tendida

de uno a otro

por la misma sombra gigante agitada como árbol

seamos ese pedazo de cielo

ese trozo en que pasa la aventura misteriosa

la aventura del planeta que estalla en pétalos de sueño

En vano tratarías de evadirte de mi voz

y de saltar los muros de mis alabanzas

estamos cosidos por la misma estrella

estás atada al ruiseñor de las lunas

que tiene un ritual sagrado en la garganta

qué me importan los signos de la noche

y la raíz y el eco funerario que tengan en mi pecho

qué me importa el enigma luminoso

los emblemas que alumbran el azar

y esas islas que viajan por el caos sin destino a mis ojos

qué me importa ese miedo de flor en el vacío

qué me importa el nombre de la nada

el nombre del desierto infinito

o de la voluntad o del azar que representan

y si en ese desierto cada estrella es un deseo de oasis

o banderas de presagio y de muerte

Tengo una atmósfera propia en tu aliento

la fabulosa seguridad de tu mirada con sus constelaciones íntimas

con su propio lenguaje de semilla

tu frente luminosa como un anillo de Dios

más firme que todo en la flora del cielo

sin torbellinos de universo que se encabrita

como un caballo a causa de su sombra en el aire

Te pregunto otra vez

¿Irías a ser muda que Dios te dio esos ojos?

Tengo esa voz tuya para toda defensa

esa voz que sale de ti en latidos de corazón

esa voz en que cae la eternidad

y se rompe en pedazos de esferas fosforescentes

¿Qué sería la vida si no hubieras nacido?

Un cometa sin manto muriéndose de frío

Te hallé como una lágrima en un libro olvidado

con tu nombre sensible desde antes en mi pecho

tu nombre hecho del ruido de palomas que se vuelan

traes en ti el recuerdo de otras vidas más altas

de un Dios encontrado en alguna parte

y al fondo de ti misma recuerdas que eras tú

el pájaro de antaño en la clave del poeta

Sueño en un sueño sumergido

la cabellera que se ata hace el día

la cabellera al desatarse hace la noche

la vida se contempla en el olvido

sólo viven tus ojos en el mundo

el único sistema planetario sin fatiga

serena piel anclada en las alturas

ajena a toda red y estratagema

en su fuerza de luz ensimismada

detrás de ti la vida siente miedo

porque eres la profundidad de toda cosa

el mundo deviene majestuoso cuando pasas

se oyen caer lágrimas del cielo

y borras en el alma adormecida

la amargura de ser vivo

se hace liviano el orbe en las espaldas

Mi alegría es oír el ruido del viento en tus cabellos

(reconozco ese ruido desde lejos)

cuando las barcas zozobran y el río arrastra troncos de árbol

eres una lámpara de carne en la tormenta

con los cabellos a todo viento

tus cabellos donde el sol va a buscar sus mejores sueños

mi alegría es mirarte solitaria en el diván del mundo

como la mano de una princesa soñolienta

con tus ojos que evocan un piano de olores

una bebida de paroxismos

una flor que está dejando de perfumar

tus ojos hipnotizan la soledad

como la rueda que sigue girando después de la catástrofe

Mi alegría es mirarte cuando escuchas

ese rayo de luz que camina hacia el fondo del agua

y te quedas suspensa largo rato

tantas estrellas pasadas por el harnero del mar

nada tiene entonces semejante emoción

ni un mástil pidiendo viento

ni un aeroplano ciego palpando el infinito

ni la paloma demacrada dormida sobre un lamento

ni el arco-iris con las alas selladas

más bello que la parábola de un verso

la parábola tendida en puente nocturno de alma a alma

Nacida en todos los sitios donde pongo los ojos

con la cabeza levantada

y todo el cabello al viento

eres más hermosa que el relincho de un potro en la montaña

que la sirena de un barco que deja escapar toda su alma

que un faro en la neblina buscando a quien salvar

eres más hermosa que la golondrina atravesada por el viento

eres el ruido del mar en verano

eres el ruido de una calle populosa llena de admiración

Mi gloria está en tus ojos

vestida del lujo de tus ojos y de su brillo interno

estoy sentado en el rincón más sensible de tu mirada

bajo el silencio estático de inmóviles pestañas

Viene saliendo un augurio del fondo de tus ojos

y un viento de océano ondula tus pupilas

Nada se compara a esa leyenda de semillas que deja tu presencia

a esa voz que busca un astro muerto que volver a la vida

tu voz hace un imperio en el espacio

y esa mano que se levanta en ti como si fuera a colgar soles en el aire

y ese mirar que escribe mundos en el infinito

y esa cabeza que se dobla para escuchar un murmullo en la eternidad

y ese pie que es la fiesta de los caminos encadenados

y esos párpados donde vienen a vararse las centellas del éter

y ese beso que hincha la proa de tus labios

y esa sonrisa como un estandarte al frente de tu vida

y ese secreto que dirige las mareas de tu pecho

dormido a la sombra de tus senos

Si tú murieras

las estrellas a pesar de su lámpara encendida

perderían el camino

¿Qué sería del universo?

Arte poética

Que el verso sea como una llave

que abra mil puertas.

Una hoja cae; algo pasa volando;

cuanto miren los ojos creado sea,

y el alma del oyente quede temblando.

Inventa mundos nuevos y cuida tu palabra;

el adjetivo, cuando no da vida, mata.

Estamos en el ciclo de los nervios.

El músculo cuelga,

como recuerdo, en los museos;

mas no por eso tenemos menos fuerza:

El vigor verdadero

reside en la cabeza

Por qué cantáis la rosa; ¡oh Poetas!

hacedla florecer en el poema

Sólo para nosotros

viven todas las cosas bajo el sol

El poeta es un pequeño Dios.

El espejo de agua

Mi espejo, corriente por las noches,

Se hace arroyo y se aleja de mi cuarto.

Mi espejo, más profundo que el orbe

Donde todos los cisnes se ahogaron.

Es un estanque verde en la muralla

Y en medio duerme tu desnudez anclada.

Sobre sus olas, bajo cielos sonámbulos,

Mis ensueños se alejan como barcos.

De pie en la popa siempre me veréis cantando.

Una rosa secreta se hincha en mi pecho

Y un ruiseñor ebrio aletea en mi dedo.

Exprés

Una corona yo me haría

De todas las ciudades recorridas

Londres Madrid Paris

Roma Nápoles Zurich

Silban en los llanos

locomotoras cubiertas de algas

AQUÍ NADIE HE ENCONTRADO

De todos los ríos navegados

Yo me haría un collar

El Amazona El Sena

El Támesis El Rin

Cien embarcaciones sabias

Que han plegado las alas

Y mi canción de marinero huérfano

Diciendo adiós a las playas

Aspirar el aroma del Monte Rosa

Trenzar las canas errantes del Monte Blanco

Y sobre el Zenit del Monte Cenis

Encender en el sol mugiente

El último cigarro

Un silbido horada el aire

No es un juego de agua

ADELANTE

Apeninos gibosos

marchan hacia el desierto

Las estrellas del oasis

Nos darán miel de sus dátiles

En la montaña

El viento hace crujir las jarcias

Y todos los montes dominados

Los volcanes bien cargados

Levarán el ancla

ALLÁ ME ESPERARÁN

Buen viaje

Un poco más lejos

Termina la Tierra HASTA MAÑANA

Pasan los ríos bajo las barcas

La vida ha de pasar

**La capilla aldeana**

Ave  
...........................canta  
...........................suave  
...............que tu canto encanta  
...............sobre el campo inerte  
...........................sones  
...........................vierte  
...........................y ora-  
...........................ciones  
............................llora.  
...........................Desde  
......................la cruz santa  
................el triunfo del sol canta  
............y bajo el palio azul del cielo  
.......deshoja tus cantares sobre el suelo.  
.......Une tus notas a las de la campana  
.......Que ya se despereza ebria de mañana  
......Evangelizando la gran quietud aldeana.  
.....Es un amanecer que en una bondad brilla  
.....La capilla está ante la paz de la montaña  
...Cómo una limosnera está ante una capilla.  
.Se esparce en el paisaje el aire de una extraña  
.Santidad, algo bíblico, algo de piel de veja  
. Algo como un roció lleno de bendiciones

Cual si el campo rezara una idílica queja  
. Llena de sus caricias y de sus emociones.  
 .La capilla es como una vieja acurrucada

Y al pie de la montaña parece un cuento de

hada.  
.... .junto a ella como una bandada de mendigos  
.. Se agrupan y se acercan unos cuantos castaños  
... Que se asoman curiosos por todos los postigos  
....... Con la malevolencia de los viejos huraños.  
. Y en el cuadrito lleno de ambiente y de frescura  
.........En el paisaje alegre con castidad de lino  
....... Pinta un brochazo negro la sotana del cura.  
 Cuando ya la tarde alarga su sombra sobre el

camino...

Parece que se metiera al fondo de la capilla

Y la luz de la gran lámpara con su brillo mortecino

Pinta en la muralla blanca como una raya amarilla.

Las tablas viejas roncan, crujen, cuando entra el viento oliendo a rosas

Rezonga triste en un murmullo el eco santo del rosario

La oscuridad va amalgamando y confundiendo así las cosas

Y vuela un “Angelus” lloroso con lentitud del campanario. camino...

**César Vallejo**

Los heraldos negros

Hay golpes en la vida, tan fuertes . . . ¡Yo no sé!

Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,

la resaca de todo lo sufrido

se empozara en el alma . . . ¡Yo no sé!

Son pocos; pero son . . . Abren zanjas oscuras

en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.

Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas;

o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,

de alguna fe adorable que el Destino blasfema.

Esos golpes sangrientos son las crepitaciones

de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre . . . ¡Pobre . . . pobre! Vuelve los ojos, como

cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;

vuelve los ojos locos, y todo lo vivido

se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida tan fuertes . . . ¡Yo no sé!

La cena miserable

Hasta cuándo estaremos esperando lo que

no se nos debe ... Y en qué recodo estiraremos

nuestra pobre rodilla para siempre! Hasta cuándo

la cruz que nos alienta no detendrá sus remos!

Hasta cuándo la Duda nos brindará blasones

por haber padecido! . . .

Ya nos hemos sentado

mucho a la mesa, con la amargura de un niño

que a media noche, llora de hambre, desvelado . . .

Y cuándo nos veremos con los demás, al borde

de una mañana eterna, desayunados todos!

Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde

yo nunca dije que me trajeran.

De codos

todo bañado en llanto, repito cabizbajo

y vencido: hasta cuándo la cena durará!

Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla,

y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara

de amarga esencia humana, la tumba . . .

Y menos sabe

ese oscuro hasta cuándo la cena durará!

Trilce

XVIII

Oh las cuatro paredes de la celda.

Ah las cuatro paredes albicantes

que sin remedio dan el mismo número.

Criadero de nervios, mala brecha,

por sus cuatro rincones cómo arranca

las diarias aherrojadas extremidades.

Amorosa llavera de innumerables llaves,

si estuvieras aquí, si vieras hasta

qué hora son cuatro estas paredes.

Contra ellas seríamos contigo, los dos,

más dos que nunca. Y ni lloraras,

dí, libertadora!

Ah las paredes de la celda.

De ellas me duele entretanto más

las dos largas que tienen esta noche

algo de madres que ya muertas

llevan por bromurados declives,

a un niño de la mano cada una.

Y sólo yo me voy quedando,

con la diestra, que hace por ambas manos,

en alto, en busca del terciario brazo

que ha de pupilar, entre mi donde y mi cuando,

esta mayoría inválida de hombre.

XXVIII

He almorzado solo ahora, y no he tenido

madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,

ni padre que, en el facundo ofertorio

de los choclos, pregunte para su tardanza

de imagen, por los broches mayores del sonido.

Cómo iba yo a almorzar. Cómo me iba a servir

de tales platos distantes esas cosas,

cuando habráse quebrado el propio hogar,

cuando no asoma ni madre a los labios.

Cómo iba yo a almorzar nonada.

A la mesa de un buen amigo he almorzado

con su padre recién llegado del mundo,

con sus canas tías que hablan

en tordillo retinte de porcelana,

bisbiseando por todos sus viudos alvéolos;

y con cubiertos francos de alegres tiroriros

porque estánse en su casa. Así qué gracia!

Y me han dolido los cuchillos

de esta mesa en todo el paladar.

El yantar de estas mesas así, en que se prueba

amor ajeno en vez del propio amor,

torna tierra el bocado que no brinda la

MADRE,

hace golpe la dura deglución; el dulce,

hiel; aceite funéreo, el café.

Cuando ya se ha quebrado el propio hogar,

y el sírvete materno no sale de la

tumba,

la cocina a oscuras, la miseria de amor.

XLI

La Muerte de rodillas mana

su sangre blanca que no es sangre.

Se huele a garantía.

Pero ya me quiero reír.

Murmurase algo por allí. Callan.

Alguien silba valor de lado,

y hasta se contaría en par

veintitrés costillas que se echan de menos

entre sí, a ambos costados; se contaría

en par también, toda la fila

de trapecios escoltas.

En tanto, el redoblante policial

(Otra vez me quiero reír)

se desquita y nos tunde a palos,

dale y dale,

de membrana a membrana

tas

con

tas.

XLIX

Murmurado en inquietud, cruzo,

el traje largo de sentir, los lunes

de la verdad.

Nadie me busca ni me reconoce,

y hasta yo he olvidado

de quien seré.

Cierta guardarropía, sólo ella, nos sabrá

a todos en las blancas hojas

de las partidas.

Esa guardarropía, ella sola,

al volver de cada facción,

de cada candelabro

ciego de nacimiento.

Tampoco yo descubro a nadie, bajo

este mantillo que iridice los lunes

de la razón;

y no hago más que sonreír a cada púa

de las verjas, en la loca búsqueda

del conocido.

Buen guardarropía, ábreme

tus blancas hojas;

quiero reconocer siquiera al 1,

quiero el punto de apoyo, quiero

saber de estar siquiera.

En los bastidores donde nos vestimos,

no hay, no Hay nadie: hojas tan sólo

de par en par.

Y siempre los trajes descolgándose

por sí propios, de perchas

como ductores índices grotescos,

y partiendo sin cuerpos, vacantes

hasta el matiz prudente

de un gran caldo de alas con causas

y lindes fritas.

Y hasta el hueso!

**XXXII**

999 calorías

Rumbbb...Trrrapprrr rrach...chaz

Serpentínica u del dizcochero

engirafada al tímpano.

Quién como los hielos. Pero no.

Quién como lo que va ni más ni menos.

Quién como el justo medio.

1,000 calorías.

Azulea y ríe su gran cachaza

el firmamento gringo. Baja

el sol empavado y le alborota los cascos

al más frío.

Remeda al cuco: Roooooooeeeis...

tierno autocarril, móvil de sed,

que corre hasta la playa.

Aire, aire! Hielo!

Si al menos el calor (\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_ Mejor

no digo nada.

Y hasta la misma pluma

con que escribo por último se troncha.

Treinta y tres trillones trescientos treinta

y tres calorías.

**Poema LXV**

Madre, voy mañana a Santiago,  
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.  
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado  
de llaga de mis falsos trajines.  
  
Me esperará tu arco de asombro,  
las tonsuradas columnas de tus ansias  
que se acaban la vida. Me esperará el patio,  
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos  
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,  
aquel buen quijarudo trasto de dinástico  
cuero, que para no más rezongando a las nalgas  
tataranietas, de correa a correhuela.  
  
Estoy cribando mis cariños más puros.  
Estoy ojeando ¿no oyes jadear la sonda?  
            ¿no oyes tascar dianas?  
estoy plasmando tu fórmula de amor  
para todos los huecos de este suelo.  
  
Oh si se dispusieran los tácitos volantes  
para todas las cintas más distantes,  
para todas las citas más distintas.  
  
Así, muerta inmortal. Así.  
Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde  
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre  
para ir por allí,  
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,  
hasta ser el primer pequeño que tuviste.  
  
Así, muerta inmortal.  
Entre la columnata de tus huesos  
que no puede caer ni a lloros,  
y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer  
ni un solo dedo suyo.  
  
Así muerta inmortal.  
Así.

Piedra negra sobre una piedra blanca

Me moriré en París con aguacero,

un día del cual tengo ya el recuerdo.

Me moriré en París—y no me corro—

tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso

estos versos, los húmeros me he puesto

a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,

con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban

todos sin que él les haga nada;

le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos

los días jueves y los huesos húmeros,

la soledad, la lluvia, los caminos...

**Telúrica y magnética**

¡Mecánica sincera y peruanísima

la del cerro colorado!

¡Suelo teórico y práctico!

¡Surcos inteligentes; ejemplo: el monolito y su cortejo!

¡Papales, cebadales, alfalfares, cosa buena!

¡Cultivos que integra una asombrosa jerarquía de útiles

y que integran con viento los mugidos,

las aguas con su sorda antigüedad!

¡Cuaternarios maíces, de opuestos natalicios,

los oigo por los pies cómo se alejan,

los huelo retomar cuando la tierra

tropieza con la técnica del cielo!

¡Molécula exabrupto! ¡Átomo terso!

¡Oh campos humanos!

¡Solar y nutricia ausencia de la mar,

y sentimiento oceánico de todo!

¡Oh climas encontrados dentro del oro, listos!

¡Oh campo intelectual de cordillera,

con religión, con campo, con patitos!

¡Paquidermos en prosa cuando pasan

y en verso cuando páranse!

¡Roedores que miran con sentimiento judicial en torno!

¡Oh patrióticos asnos de mi vida!

¡Vicuña, descendiente

nacional y graciosa de mi mono!

¡Oh luz que dista apenas un espejo de la sombra,

que es vida con el punto y, con la línea, polvo

y que por eso acato, subiendo por la idea a mi osamenta!

 ¡Siega en época del dilatado molle,

del farol que colgaron de la sien

y del que descolgaron de la barreta espléndida!

¡Ángeles de corral,

aves por un descuido de la cresta!

¡Cuya o cuy para comerlos fritos

con el bravo rocoto de los temples!

(¿Cóndores? ¡Me friegan los cóndores!)

¡Leños cristianos en gracia

al tronco feliz y al tallo competente!

¡Familia de los líquenes,

especies en formación basáltica que yo

respeto

desde este modestísimo papel!

¡Cuatro operaciones, os sustraigo

para salvar al roble y hundirlo en buena ley!

¡Cuestas en in fraganti!

¡Auquénidos llorosos, almas mías!

¡Sierra de mi Perú, Perú del mundo,

y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!

¡Estrellas matutinas si os aromo

quemando hojas de coca en este cráneo,

y cenitales, si destapo,

de un solo sombrerazo, mis diez templos!

¡Brazo de siembra, bájate, y a pie!

¡Lluvia a base del mediodía,

bajo el techo de tejas donde muerde

la infatigable altura

y la tórtola corta en tres su trino!

¡Rotación de tardes modernas

y finas madrugadas arqueológicas!

¡Indio después del hombre y antes de él!

¡Lo entiendo todo en dos flautas

y me doy a entender en una quena!

¡Y lo demás, me las pelan...!

Masa

Al fin de la batalla,

y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre

y le dijo: "¡No mueras; te amo tanto!"

Pero el cadáver ¡ay!, siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:

"¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!"

Pero el cadáver ¡ay!, siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,

clamando: "¡Tanto amor, y no poder nada contra la muerte!"

Pero el cadáver ¡ay!, siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,

con un ruego común; "¡Quédate hermano!"

Pero el cadáver ¡ay!, siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra

le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;

incorporóse lentamente,

abrazó, al primer hombre; echóse a andar...

Jorge Luis Borges

Un patio

Con la tarde

se cansaron los dos o tres colores del patio.

La gran franqueza de la luna llena

ya no entusiasma su habitual firmamento.

Patio, cielo encauzado.

El patio es el declive

por el cual se derrama el cielo en la casa.

Serena

la eternidad espera en la encrucijada de estrellas.

Grato es vivir en la amistad oscura

de un zaguán, de una parra y de un aljibe.

Fundación mítica de Buenos Aires

¿Y fue por este río de sueñera y de barro

que las proas vinieron a fundarme la patria?

Irían a los tumbos los barquitos pintados

entre los camalotes de la corriente zaina.

Pensando bien la cosa, supondremos que el río

era azulejo entonces como oriundo del cielo

con su estrellita roja para marcar el sitio

en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron.

Lo cierto es que mil hombres y otros mil arribaron

por un mar que tenía cinco lunas de anchura

y aun estaba repleto de sirenas y endriagos

y de piedras imanes que enloquecen la brújula.

Prendieron unos ranchos trémulos en la costa,

durmieron extrañados. Dicen que en el Riachuelo,

pero son embelecos fraguados en la Boca.

Fue una manzana entera y en mi barrio: en Palermo.

Una manzana entera pero en mitá del campo

presenciada de auroras y lluvias y suestadas.

La manzana pareja que persiste en mi barrio:

Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga.

Un almacén rosado como revés de naipe

brilló y en la trastienda conversaron un truco;

el almacén rosado floreció en un compadre

ya patrón de la esquina, ya resentido y duro.

El primer organito salvaba el horizonte

con su achacoso porte, su habanera y su gringo.

El corralón seguro ya opinaba: YRIGOYEN,

algún piano mandaba tangos de Saborido.

Una cigarrería sahumó como una rosa

el desierto. La tarde se había ahondado en ayeres,

los hombres compartieron un pasado ilusorio.

Sólo faltó una cosa: la vereda de enfrente.

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:

La juzgo tan eterna como el agua y el aire.

Poema de los dones

Nadie rebaje a lágrima o reproche

esta declaración de la maestría

de Dios, que con magnífica ironía

me dio a la vez los libros y la noche.

De esta ciudad de libros hizo dueños

a unos ojos sin luz, que sólo pueden

leer en las bibliotecas de los sueños

los insensatos párrafos que ceden

Las albas a su afán. En vano el día

les prodiga sus libros infinitos,

arduos como los arduos manuscritos

que perecieron en Alejandría.

De hambre y de sed (narra una historia griega)

muere un rey entre fuentes y jardines;

yo fatigo sin rumbo los confines

de esta alta y honda biblioteca ciega.

Enciclopedias, atlas, el Oriente

y el Occidente, siglos, dinastías,

símbolos, cosmos y cosmogonías

brindan los muros, pero inútilmente.

Lento en mi sombra, la penumbra hueca

exploro con el báculo indeciso,

yo, que me figuraba el Paraíso

bajo la especie de una biblioteca.

Algo, que ciertamente no se nombra

con la palabra *azar*, rige estas cosas;

otro ya recibió en otras borrosas

tardes los muchos libros y la sombra.

Al errar por las lentas galerías

suelo sentir con vago horror sagrado

que soy el otro, el muerto, que habrá dado

los mismos pasos en los mismos días.

¿Cuál de los dos escribe este poema

de un yo plural y de una sola sombra ?

¿Qué importa la palabra que me nombra

si es indiviso y uno el anatema?

Groussac o Borges, miro este querido

mundo que se deforma y que se apaga

en una pálida ceniza vaga

que se parece al sueño y al olvido.

Arte poética

Mirar el río hecho de tiempo y agua

y recordar que el tiempo es otro río,

saber que nos perdemos como el río

y que los rostros pasan como el agua.

Sentir que la vigilia es otro sueño

que sueña no soñar y que la muerte

que teme nuestra carne es esa muerte

de cada noche, que se llama sueño.

Ver en el día o en el año un símbolo

de los días del hombre y de sus años,

convertir el ultraje de los años

en una música, un rumor y un símbolo.

Ver en la muerte el sueño, en el ocaso

un triste oro, tal es la poesía

que es inmortal y pobre. La poesía

vuelve como la aurora y el ocaso.

A veces en las tardes una cara

nos mira desde el fondo de un espejo;

el arte debe ser como ese espejo

que nos devuelve nuestra propia cara.

Cuentan que Ulises, harto de prodigios,

lloró de amor al divisar su Ítaca

verde y humilde. El arte es esa Ítaca

de verde eternidad, no de prodigios.

También es como el río interminable

que pasa y queda y es cristal de un mismo

Heráclito inconstante, que es el mismo

y es otro, como el río interminable.

Nicolás Guillén

**La muralla**

Para hacer esta muralla,

tráiganme todas las manos:

los negros, sus manos negras,

los blancos, sus blancas manos.

Ay,

una muralla que vaya

desde la playa hasta el monte,

desde el monte hasta la playa, bien,

allá sobre el horizonte.

—!Tun, tun!

—¿Quién es?

—Una rosa y un clavel...

—¡Abre la muralla!

—¡Tun, tun!

—¿Quién es?

—El sable del coronel...

—¡Cierra la muralla!

-—¡Tun, tun!

—¿Quién es?

—La paloma y el laurel...

—¡Abre la muralla!

—¡Tun, tun!

—¿Quién es?

—El alacrán y el ciempiés...

—¡Cierra la muralla!

Al corazón del amigo,

abre la muralla;

al veneno y al puñal,

cierra la muralla;

al mirto y la yerbabuena,

abre la muralla;

al diente de la serpiente,

cierra la muralla;

al ruiseñor en la flor,

abre la muralla...

Alcemos una muralla

juntando todas las manos;

los negros, sus manos negras,

los blancos, sus blancas manos.

Una muralla que vaya

desde la playa hasta el monte,

desde el monte hasta la playa, bien,

allá sobre el horizonte...

Balada de los dos abuelos

Sombras que sólo yo veo,

me escoltan mis dos abuelos.

Lanza con punta de hueso,

tambor de cuero y madera:

mi abuelo negro.

Gorguera en el cuello ancho,

gris armadura guerrera:

mi abuelo blanco.

África de selvas húmedas

y de gordos gongos sordos...

—¡Me muero!

(Dice mi abuelo negro.)

Aguaprieta de caimanes,

verdes mañanas de cocos...

—¡Me canso!

(Dice mi abuelo blanco.)

Oh velas de amargo viento,

galeón ardiendo en oro...

—¡Me muero!

(Dice mi abuelo negro.)

¡Oh costas de cuello virgen

engañadas de abalorios...!

—¡Me canso!

(Dice mi abuelo blanco.)

¡Oh puro sol repujado,

preso en el aro del trópico;

oh luna redonda y limpia

sobre el sueño de los monos!

¡Qué de barcos, qué de barcos!

¡Qué de negros, qué de negros!

¡Qué largo fulgor de cañas!

¡Qué látigo el del negrero!

Piedra de llanto y de sangre,

venas y ojos entreabiertos,

y madrugadas vacías,

y atardeceres de ingenio,

y una gran voz, fuerte voz,

despedazando el silencio.

¡Qué de barcos, qué de barcos,

qué de negros!

Sombras que sólo yo veo,

me escoltan mis dos abuelos.

Don Federico me grita

y Taita Facundo calla;

los dos en la noche sueñan

y andan, andan.

Yo los junto.

—¡Federico!

¡Facundo! Los dos se abrazan.

Los dos suspiran. Los dos

las fuertes cabezas alzan;

los dos del mismo tamaño,

bajo las estrellas altas;

los dos del mismo tamaño,

ansia negra y ansia blanca,

los dos del mismo tamaño,

gritan, sueñan, lloran, cantan.

Sueñan, lloran. Cantan.

Lloran, cantan.

¡Cantan!

**El aeroplano**

Cuando pase esta época

y se queme en la llama de los siglos

toda nuestra documentación humana;

cuando no exista ya la clave

de nuestro progreso actual,

y con la paciencia del que no sabe

el hombre tenga que volver a empezar,

entonces aparecerán

rasgos de nuestra muerta civilización.

Qué dirán los naturalistas del futuro

ante una armazón de aeroplano

desenterrada en cualquier llanura,

mohosa, fosilizada,

monumental, incomprensible, extraña?

De seguro que harán muchísimos aspavientos

y clasificarán el aeroplano

entre los ejemplares de una fauna extinguida. (Poemas de transición de Guillén)

**Búcate plata**

Búcate plata,

búcate plata,

porque no doy un paso má:

etoy a arró con galleta, na má.

Yo bien sé cómo etá to,

pero biejo, hay que comé:

búcate plata,

búcgte plata,

poqque me boy a corré.

Depué dirán que soy mala,

y no me quedrán tratá,

pero amó con hambre, biejo,

¡qué ba!

Con tanto sapato nuebo,

qué ba!

Con tanto reló. Compadre

¡qué ba!

Con tanto lujo, mi negro,

|  |  |
| --- | --- |
| qué ba! |  |

Pablo Neruda

Arte Poética

Entre sombra y espacio, entre guarniciones y doncellas,

dotado de corazón singular y sueños funestos,

precipitadamente pálido, marchito en la frente

y con luto de viudo furioso por cada día de vida,

ay, para cada agua invisible que bebo soñolientamente

y de todo sonido que acojo temblando,

tengo la misma sed ausente y la misma fiebre fría

un oído que nace, una angustia indirecta,

como si llegaran ladrones o fantasmas,

y en una cáscara de extensión fija y profunda,

como un camarero humillado, como una campana un poco ronca,

como un espejo viejo, como un olor de casa sola

en la que los huéspedes entran de noche perdidamente ebrios,

y hay un olor de ropa tirada al suelo, y una ausencia de flores

-posiblemente de otro modo aún menos melancólico-,

pero, la verdad, de pronto, el viento que azota mi pecho,

las noches de sustancia infinita caídas en mi dormitorio,

el ruido de un día que arde con sacrificio

me piden lo profético que hay en mí, con melancolía

y un golpe de objetos que llaman sin ser respondidos

hay, y un movimiento sin tregua, y un nombre confuso.

Poema 20

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo: «La noche está estrellada,

y tiritan, azules, los astros, a lo lejos».

El viento de la noche gira en el cielo y canta.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Yo la quise, y a veces ella también me quiso.

En las noches como ésta la tuve entre mis brazos.

La besé tantas veces bajo el cielo infinito.

Ella me quiso, a veces yo también la quería.

¡Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos!

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.

Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.

¡Qué importa que mi amor no pudiera guardarla!

La noche está estrellada y ella no está conmigo.

Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.

Mi alma no se contenta con haberla perdido.

Como para acercarla mi mirada la busca.

Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.

La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.

Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.

Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.

De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.

Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.

Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.

Porque en noches como esta la tuve entre mis brazos,

mi alma no se contenta con haberla perdido.

Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,

y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

Walking around

Sucede que me canso de ser hombre.

Sucede que entro en las sastrerías y en los cines

marchito, impenetrable, como un cisne de fieltro

navegando en un agua de origen y ceniza.

El olor de las peluquerías me hace llorar a gritos.

Sólo quiero un descanso de piedras o de lana,

sólo quiero no ver establecimientos ni jardines,

ni mercaderías, ni anteojos, ni ascensores.

Sucede que me canso de mis pies y mis uñas

y mi pelo y mi sombra.

Sucede que me canso de ser hombre.

Sin embargo sería delicioso

asustar a un notario con un lirio cortado

o dar muerte a una monja con un golpe de oreja.

Sería bello

ir por las calles con un cuchillo verde

y dando gritos hasta morir de frío.

No quiero seguir siendo raíz en las tinieblas,

vacilante, extendido, tiritando de sueño,

hacia abajo, en las tripas mojadas de la tierra,

absorbiendo y pensando, comiendo cada día.

No quiero para mí tantas desgracias.

No quiero continuar de raíz y de tumba,

de subterráneo solo, de bodega con muertos

ateridos, muriéndome de pena.

Por eso el día lunes arde como el petróleo

cuando me ve llegar con mi cara de cárcel,

y aúlla en su transcurso como una rueda herida,

y da pasos de sangre caliente hacia la noche.

Y me empuja a ciertos rincones, a ciertas casas húmedas,

a hospitales donde los huesos salen por la ventana,

a ciertas zapaterías con olor a vinagre,

a calles espantosas como grietas.

Hay pájaros de color de azufre y horribles intestinos

colgando de las puertas de las casas que odio,

hay dentaduras olvidadas en una cafetera,

hay espejos

que debieran haber llorado de vergüenza y espanto,

hay paraguas en todas partes, y venenos, y ombligos.

Yo paseo con calma, con ojos, con zapatos,

con furia, con olvido,

paso, cruzo oficinas y tiendas de ortopedia,

y patios donde hay ropas colgadas de un alambre:

calzoncillos, toallas y camisas que lloran

lentas lágrimas sucias.

No hay olvido

Si me preguntáis en dónde he estado

debo decir "Sucede."

Debo de hablar del suelo que oscurecen las piedras,

del río que durando se destruye:

no sé sino las cosas que los pájaros pierden,

el mar dejado atrás, o mi hermana llorando.

¿Por qué tantas regiones, por qué un día

se junta con un día? ¿Por qué una negra noche

se acumula en la boca? ¿Por qué muertos?

Si me preguntáis de dónde vengo, tengo que conversar con cosas rotas,

con utensilios demasiado amargos,

con grandes bestias a menudo podridas

y con mi acongojado corazón.

No son recuerdos los que se han cruzado

ni es la paloma amarillenta que duerme en el olvido,

sino caras con lágrimas,

dedos en la garganta,

y lo que se desploma de las hojas:

la oscuridad de un día transcurrido,

de un día alimentado con nuestra triste sangre.

He aquí violetas, golondrinas,

todo cuanto nos gusta y aparece

en las dulces tarjetas de larga cola

por donde se pasean el tiempo y la dulzura.

Pero no penetremos más allá de esos dientes,

no mordamos las cáscaras que el silencio acumula,

porque no sé qué contestar:

hay tantos muertos,

y tantos malecones que el sol rojo partía

y tantas cabezas que golpean los buques,

y tantas manos que han encerrado besos,

y tantas cosas que quiero olvidar.

Alturas de Machu Picchu (fragmentos)

I

Del aire al aire, como una red vacía,

iba yo entre las calles y la atmósfera, llegando y despidiendo,

en el advenimiento del otoño la moneda extendida

de las hojas, y entre la primavera y las espigas,

lo que el más grande amor, como dentro de un guante

que cae, nos entrega como una larga luna.

(Días de fulgor vivo en la intemperie

de los cuerpos: aceros convertidos

al silencio del ácido:

noches deshilachadas hasta la última harina:

estambres agredidos de la patria nupcial.)

Alguien que me esperó entre los violines

encontró un mundo como una torre enterrada

hundiendo su espiral más abajo de todas

las hojas de color de ronco azufre:

más abajo, en el oro de la geología,

como una espada envuelta en meteoros,

hundí la mano turbulenta y dulce

en lo más genital de lo terrestre.

Puse la frente entre las olas profundas,

descendí como una gota entre la paz sulfúrica,

y, como ciego, regresé al jazmín

de la gastada primavera humana.

VI

Entonces en la escala de la tierra he subido

entre la atroz maraña de las selvas perdidas

hasta ti, Machu Picchu.

Alta ciudad de piedras escalares,

por fin morada del que lo terrestre

no escondió en las dormidas vestiduras.

En ti, como dos líneas paralelas,

la cuna del relámpago y del hombre

se mecían en un viento de espinas.

Madre de piedra, espuma de los cóndores.

Alto arrecife de la aurora humana.

Pala perdida en la primera arena.

Esta fue la morada, este es el sitio:

aquí los anchos granos del maíz aprendieron

y bajaron de nuevo como granizo rojo.

Aquí la hebra dorada salió de la vicuña

a vestir los amores, los túmulos, las madres,

el rey, las oraciones, los guerreros.

Aquí los pies del hombre descansaron de noche

junto a los pies del águila, en las altas guaridas

carniceras, y en la aurora

pisaron con los pies del trueno la niebla enrarecida,

y tocaron las tierras y las piedras

hasta reconocerlas en la noche o la muerte.

Miro las vestiduras y las manos,

el vestigio del agua en la oquedad sonora,

la pared suavizada por el tacto de un rostro

que miró con mis ojos las lámparas terrestres,

que aceitó con mis manos las desaparecidas

maderas: porque todo, ropaje, piel, vasijas,

palabras, vino, panes,

se fue, cayó a la tierra.

Y el aire entró con dedos

de azahar sobre todos los dormidos:

mil años de aire, meses, semanas de aire,

de viento azul, de cordillera férrea,

que fueron como suaves huracanes de pasos

lustrando el solitario recinto de la piedra.

VIII

Sube conmigo, amor americano.

Besa conmigo las piedras secretas.

La plata torrencial del Urubamba

hace volar el polen a su copa amarilla.

Vuela el vacío de la enredadera,

la planta pétrea, la guirnalda dura

sobre el silencio del cajón serrano.

Ven, minúscula vida, entre las alas

de la tierra, mientras —cristal y frío, aire golpeado—

apartando esmeraldas combatidas,

oh agua salvaje, bajas de la nieve.

Amor, amor, hasta la noche abrupta,

desde el sonoro pedernal andino

hacia la aurora de rodillas rojas,

contempla el hilo ciego de la nieve.

Oh Wilkamayu de sonoros hilos,

cuando rompes tus truenos lineales

en blanca espuma, como herida nieve,

cuando tu vendaval acantilado

canta y castiga despertando al cielo,

qué idioma traes a la oreja apenas

desarraigada de tu espuma andina?

Quién apresó el relámpago del frío

y lo dejó en la altura encadenado,

repartido en sus lágrimas glaciales,

sacudido en sus rápidas espadas,

golpeando sus estambres aguerridos,

conducido en su cama de guerrero,

sobresaltado en su final de roca?

Qué dicen tus destellos acosados?

Tu secreto relámpago rebelde

antes viajó poblado de palabras ?

Quién va rompiendo sílabas heladas,

idiomas negros, estandartes de oro,

bocas profundas, gritos sometidos,

en tus delgadas aguas arteriales?

Quién va cortando párpados florales

que vienen a mirar desde la tierra?

Quién precipita los racimos muertos

que bajan en tus manos de cascada

a desgranar su noche desgranada

en el carbón de la geología?

Quién despeña la rama de los vínculos ?

Quién otra vez sepulta los adioses ?

Amor, amor, no toques la frontera,

ni adores la cabeza sumergida:

deja que el tiempo cumpla su estatura

en su salón de manantiales rotos,

y, entre el agua veloz y las murallas,

recoge el aire del desfiladero,

las paralelas láminas del viento,

el canal ciego de las cordilleras,

el áspero saludo del rocío,

y sube, flor a flor, por la espesura,

pisando la serpiente despeñada.

En la escarpada zona, piedra y bosque,

polvo de estrellas verdes, selva clara,

Mantur estalla como un lago vivo

o como un nuevo piso del silencio.

Ven a mi propio ser, al alba mía,

hasta las soledades coronadas.

El reino muerto vive todavía.

Y en el reloj la sombra sanguinaria

del cóndor cruza como una nave negra.

X

Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo?

Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo ?

Tiempo en el tiempo, el hombre, dónde estuvo?

Fuiste también el pedacito roto

del hombre inconcluso, de águila vacía

que por las calles de hoy, que por las huellas,

que por las hojas del otoño muerto

va machacando el alma hasta la tumba?

La pobre mano, el pie, la pobre vida . . .

Los días de la luz deshilachada

en ti, como la lluvia

sobre las banderillas de la fiesta,

dieron pétalo a pétalo de su alimento oscuro

en la boca vacía?

Hambre, coral del hombre,

hambre, planta secreta, raíz de los leñadores,

hambre, subió tu raya de arrecife

hasta estas altas torres desprendidas?

Yo te interrogo, sal de los caminos,

muéstrame la cuchara, déjame, arquitectura,

roer con un palito los estambres de piedra,

subir todos los escalones del aire hasta el vacío,

rascar la entraña hasta tocar el hombre.

Machu Picchu, pusiste

piedra en la piedra, y en la base, harapo?

Carbón sobre carbón, y en el fondo la lágrima?

Fuego en el oro, y en él, temblando el rojo

goterón de la sangre ?

Devuélveme al esclavo que enterraste!

Sacude de las tierras el pan duro

del miserable, muéstrame los vestidos

del siervo y su ventana.

Dime cómo durmió cuando vivía.

Dime si fue su sueño

ronco, entreabierto, como un hoyo negro

hecho por la fatiga sobre el muro.

El muro, el muro! Si sobre su sueño

gravitó cada piso de piedra, y si cayó bajo ella

como bajo una luna, con el sueño!

Antigua América, novia sumergida,

también tus dedos

al salir de la selva hacia el alto vacío de los dioses,

bajo los estandartes nupciales de la luz y el decoro,

mezclándose al trueno de los tambores y de las lanzas,

también, también tus dedos,

los que la rosa abstracta y la línea del frío, los

que el pecho sangriento del nuevo cereal trasladaron

hasta la tela de materia radiante, hasta las duras cavidades,

también, también, América enterrada, guardaste en lo más bajo,

en el amargo intestino, como un águila, el hambre?

AMOR AMÉRICA (1400)

Antes de la peluca y la casaca

fueron los ríos, ríos arteriales:

fueron las cordilleras, en cuya onda raída

el cóndor o la nieve parecían inmóviles:

fue la humedad y la espesura, el trueno

sin nombre todavía, las pampas planetarias.

El hombre tierra fue, vasija, párpado

del barro trémulo, forma de la arcilla,

fue cántaro caribe, piedra chibcha,

copa imperial o sílice araucana.

Tierno y sangriento fue, pero en la empuñadura

de su arma de cristal humedecido,

las iniciales de la tierra estaban

escritas.

Nadie pudo

recordarlas después: el viento

las olvidó, el idioma del agua

fue enterrado, las claves se perdieron

o se inundaron de silencio o sangre.

No se perdió la vida, hermanos pastorales.

Pero como una rosa salvaje

cayó una gota roja en la espesura

y se apagó una lámpara de tierra.

Yo estoy aquí para contar la historia.

Desde la paz del búfalo

hasta las azotadas arenas

de la tierra final, en las espumas

acumuladas de la luz antártica,

y por las madrigueras despeñadas

de la sombría paz venezolana,

te busqué, padre mío,

joven guerrero de tiniebla y cobre,

oh tú, planta nupcial, cabellera indomable,

madre caimán, metálica paloma.

Yo, incásico del légamo,

toqué la piedra y dije:

Quién

me espera? Y apreté la mano

sobre un puñado de cristal vacío.

Pero anduve entre flores zapotecas

y dulce era la luz como un venado,

y era la sombra como un párpado verde.

Tierra sin nombre, sin América,

estambre equinoccial, lanza de púrpura,

tu aroma me trepó por las raíces

hasta la copa que bebía, hasta la más delgada

palabra aún no nacida de mi boca.

La United Fruit Co.

Cuando sonó la trompeta, estuvo

todo preparado en la tierra,

y Jehová repartió el mundo

a Coca-Cola Inc., Anaconda,

Ford Motors, y otras entidades:

la Compañía Frutera Inc.

se reservó lo más jugoso,

la costa central de mi tierra,

la dulce cintura de América.

Bautizó de nuevo sus tierras

como "Repúblicas Bananas,"

y sobre los muertos dormidos,

sobre los héroes inquietos

que conquistaron la grandeza,

la libertad y las banderas,

estableció la ópera bufa:

enajenó los albedríos,

regaló coronas de César,

desenvainó la envidia, atrajo

la dictadura de las moscas,

moscas Trujillos, moscas Tachos,

moscas Carías, moscas Martínez,

moscas Ubico, moscas húmedas

de sangre humilde y mermelada,

moscas borrachas que zumban

sobre las tumbas populares,

moscas de circo, sabias moscas

entendidas en tiranía.

Entre las moscas sanguinarias

la Frutera desembarca,

arrasando el café y las frutas,

en sus barcos que deslizaron

como bandejas el tesoro

de nuestras tierras sumergidas.

Mientras tanto, por los abismos

azucarados de los puertos,

caían indios sepultados

en el vapor de la mañana:

un cuerpo rueda, una cosa

sin nombre, un número caído,

un racimo de fruta muerta

derramada en el pudridero

Octavio Paz

TRABAJOS DEL POETA

III

Todos habían salido de casa. A eso de las once advertí que me había fumado el último cigarrillo. Como no deseaba exponerme al viento y al frío, busqué por todos los rincones una cajetilla, sin encontrarla. No tuve más remedio que ponerme el abrigo y descender la escalera (vivo en un quinto piso). La calle, una hermosa calle de altos edificios de piedra gris y dos hileras de castaños desnudos, estaba desierta. Caminé unos trescientos metros contra el viento helado y la niebla amarillenta, sólo para encontrar cerrado el estanco. Dirigí mis pasos hacia un café próximo, en donde estaba seguro de hallar un poco de calor, de música y sobre todo los cigarrillos, objeto de mi salida. Recorrí dos calles más tiritando, cuando de pronto sentí —no, no sentí: pasó, rauda, la Palabra. Lo inesperado del encuentro me paralizó por un segundo, que fue suficiente para darle tiempo de volver a la noche. Repuesto, alcancé a cogerla por las puntas del pelo flotante. Tiré desesperadamente de esas hebras que se alargaban hacia el infinito, hilos de telégrafo que se alejan irremedia-blemente con un paisaje entrevisto, nota que sube, se adelgaza, se estira, se estira... Me quedé solo en mitad de la calle, con una pluma roja entre las manos amoratadas.

**V**

JADEO, viscoso aleteo. Buceo, voceo, clamoreo por el descampado. Vaya malachanza. Esta vez te vacío la panza, te tuerzo, te retuerzo, te volteo y voltibocabajeo, te rompo el pico, te refriego el hocico, te arranco el pito, te hundo el esternón. Broncabroncabrón. Doña campamocha se come en escamocho el miembro mocho de don campamocho. Tli, saltarín cojo, baila sobre mi ojo. Ninguno a la vista. Todos de mil modos, todos vestidos el de inmundos apodos, todos y uno: Ninguno. Te desfondo a fondo, te desfundo de tu fundamento. Traquetea mi ráquea aquea. El carrascaloso se rasca la costra de caspa. Doña campamocha se atasca, tarasca. El sinuoso, el silbante babeante, al pozo con el gozo. Al pozo de ceniza. El erizo se irisa, se eriza, se riza de risa. Sopa de sapos, cepo de pedos, todos a una, bola de sílabas de estropajo, bola de gargajo, bola de vísceras de sílabas, sílabas, sibilas, badajo, sordo badajo. Jadeo, penduleo, desguanguilado, jadeo.

VII

Escribo sobre la mesa crepuscular, apoyando fuerte la pluma sobre su pecho casi vivo, que gime y recuerda al bosque natal. La tinta negra abre sus grandes alas. La lámpara estalla y cubre mis palabras una capa de cristales rotos. Un fragmento afilado de luz me corta la mano derecha. Continúo escribiendo con ese muñón que mana sombra. La noche entra en el cuarto, el muro de enfrente adelanta su jeta de piedra, grandes témpanos de aire se interponen entre la pluma y el papel. Ah, un simple monosílabo bastaría para hacer saltar al mundo. Pero esta noche no hay sitio para una sola palabra más.

**XIII**

HACE AÑOS, con piedrecitas, basuras y yerbas, edifiqué Tilantlán. Recuerdo la muralla, las puertas amarillas con el signo digital, las calles estrechas y malolientes que habitaba una plebe ruidosa, el verde Palacio del Gobierno y la roja Casa de los Sacrificios, abierta como una mano, con sus cinco grandes templos y sus calzadas innumerables. Tilantlán, ciudad gris al pie de la piedra blanca, ciudad agarrada al suelo con uñas y dientes, ciudad de polvo y plegarias. Sus moradores —astutos, ceremoniosos y coléricos— adoraban a las Manos, que los habían hecho, pero temían a los Pies, que podrían destruirlos. Su teología, y los renovados sacrificios con que intentaron comprar el amor de las Primeras y asegurarse la benevolencia de los Últimos, no evitaron que una alegre mañana mi pie derecho los aplastara, con su historia, su aristocracia feroz, sus motines, su lenguaje sagrado, sus canciones populares y su teatro ritual. Y sus sacerdotes jamás sospecharon que Pies y Manos no eran sino las extremidades de un mismo dios.

**Bajo tu clara sombra**

Un cuerpo, un cuerpo solo, un sólo cuerpo  
un cuerpo como día derramado  
y noche devorada;  
la luz de unos cabellos  
que no apaciguan nunca  
la sombra de mi tacto;  
una garganta, un vientre que amanece  
como el mar que se enciende  
cuando toca la frente de la aurora;  
unos tobillos, puentes del verano;  
unos muslos nocturnos que se hunden  
en la música verde de la tarde;  
un pecho que se alza  
y arrasa las espumas;  
un cuello, sólo un cuello,  
unas manos tan sólo,  
unas palabras lentas que descienden  
como arena caída en otra arena....  
  
Esto que se me escapa,  
agua y delicia obscura,  
mar naciendo o muriendo;  
estos labios y dientes,  
estos ojos hambrientos,  
me desnudan de mí  
y su furiosa gracia me levanta  
hasta los quietos cielos  
donde vibra el instante;  
la cima de los besos,  
la plenitud del mundo y de sus formas

**Decir, hacer**

Entre lo que veo y digo,  
Entre lo que digo y callo,  
Entre lo que callo y sueño,  
Entre lo que sueño y olvido  
La poesía.  
Se desliza entre el sí y el no:  
dice  
lo que callo,  
calla  
lo que digo,  
sueña  
lo que olvido.  
No es un decir:  
es un hacer.  
Es un hacer  
que es un decir.  
La poesía  
se dice y se oye:  
es real.  
Y apenas digo  
es real,  
se disipa.  
¿Así es más real?  
Idea palpable,  
palabra  
impalpable:  
la poesía  
va y viene  
entre lo que es  
y lo que no es.  
Teje reflejos  
y los desteje.  
La poesía  
siembra ojos en las páginas  
siembra palabras en los ojos.  
Los ojos hablan  
las palabras miran,  
las miradas piensan.  
Oír  
los pensamientos,  
ver  
lo que decimos  
tocar  
el cuerpo  
de la idea.  
Los ojos  
se cierran  
Las palabras se abren.

**La poesía**

Llegas, silenciosa, secreta,  
y despiertas los furores, los goces,  
y esta angustia  
que enciende lo que toca  
y engendra en cada cosa  
una avidez sombría.  
  
El mundo cede y se desploma  
como metal al fuego.  
Entre mis ruinas me levanto,  
solo, desnudo, despojado,  
sobre la roca inmensa del silencio,  
como un solitario combatiente  
  
Verdad abrasadora,  
¿a qué me empujas?  
No quiero tu verdad,  
tu insensata pregunta.  
¿A qué esta lucha estéril?  
No es el hombre criatura capaz de contenerte,  
avidez que sólo en la sed se sacia,  
llama que todos los labios consume,  
espíritu que no vive en ninguna forma  
mas hace arder todas las formas. contra invisibles huestes.  
  
Subes desde lo más hondo de mí,  
desde el centro innombrable de mi ser,  
ejército, marea.  
Creces, tu sed me ahoga,  
expulsando, tiránica,  
aquello que no cede  
a tu espada frenética.  
  
Ya sólo tú me habitas,  
tú, sin nombre, furiosa substancia,  
avidez subterránea, delirante.  
  
Golpean mi pecho tus fantasmas,  
despiertas a mi tacto,  
hielas mi frente,  
abres mis ojos.  
  
Percibo el mundo y te toco,  
substancia intocable,  
unidad de mi alma y de mi cuerpo,  
y contemplo el combate que combato  
y mis bodas de tierra.  
  
Nublan mis ojos imágenes opuestas,  
y a las mismas imágenes  
otras, más profundas, las niegan,  
ardiente balbuceo,  
aguas que anega un agua más oculta y densa.  
En su húmeda tiniebla vida y muerte,  
quietud y movimiento, son lo mismo.  
  
Insiste, vencedora,  
porque tan sólo existo porque existes,  
y mi boca y mi lengua se formaron  
para decir tan sólo tu existencia  
y tus secretas sílabas, palabra  
impalpable y despótica,  
substancia de mi alma.  
  
Eres tan sólo un sueño,  
pero en ti sueña el mundo  
y su mudez habla con tus palabras.  
Rozo al tocar tu pecho  
la eléctrica frontera de la vida,  
la tiniebla de sangre  
donde pacta la boca cruel y enamorada,  
ávida aún de destruir lo que ama  
y revivir lo que destruye,  
con el mundo, impasible  
y siempre idéntico a sí mismo,  
porque no se detiene en ninguna forma  
ni se demora sobre lo que engendra.  
  
Llévame, solitaria,  
llévame entre los sueños,  
llévame, madre mía,  
despiértame del todo,  
hazme soñar tu sueño,  
unta mis ojos con aceite,  
para que al conocerte me conozca.

**La poesía 2**

Inmóvil en la luz, pero danzante,  
tu movimiento a la quietud que cría  
en la cima del vértigo se alía  
deteniendo, no al vuelo, sí al instante.  
  
Luz que no se derrama, ya diamante,  
fija en la rotación del mediodía,  
sol que no se consume ni se enfría  
de cenizas y llama equidistante.  
  
Tu salto es un segundo congelado  
que ni apresura el tiempo ni lo mata:  
preso en su movimiento ensimismado  
  
  
tu cuerpo de sí mismo se desata  
y cae y se dispersa tu blancura  
y vuelves a ser agua y tierra obscura.  
  
Del verdecido júbilo del cielo  
luces recobras que la luna pierde  
porque la luz de sí misma recuerde  
relámpagos y otoños en tu pelo.  
  
El viento bebe viento en su revuelo,  
mueve las hojas y su lluvia verde  
moja tus hombros, tus espaldas muerde  
y te denuda y quema y vuelve yelo.  
  
Dos barcos de velamen desplegado  
tus dos pechos. Tu espalda es un torrente.  
Tu vientre es un jardín petrificado.  
  
Es otoño en tu nuca: sol y bruma.  
Bajo del verde cielo adolescente  
tu cuerpo da su enamorada suma.

**La poesía 3**

¿Por qué tocas mi pecho nuevamente?  
Llegas, silenciosa, secreta, armada,  
tal los guerreros a una ciudad dormida  
quemas mi lengua con tus labios, pulpo,  
y despiertas los furores, los goces,  
y esta angustia sin fin  
que enciende lo que toca  
y engendra en cada cosa  
una aridez sombría.  
  
El mundo cede y se desploma  
como metal al fuego.  
Entre mis ruinas me levanto  
y quedo frente a ti,  
solo, desnudo, despojado,  
sobre la roca inmensa del silencio,  
como un solitario combatiente  
contra invisibles huestes.  
  
Verdad abrasadora,  
¿a qué me empujas?  
No quiero tu verdad,  
tu insensata pregunta.  
¿A qué esta lucha estéril?  
No es el hombre criatura capaz de contenerte,  
avidez que sólo en la sed se sacia,  
llama que todos los labios consume,  
espíritu que no vive en ninguna forma,  
mas hace arder  
todas las formas  
con un secreto fuego indestructible.  
  
Pero insistes, lágrima escarnecida,  
y alzas en mí tu imperio desolado.  
  
Subes desde lo más hondo de mí,  
desde el centro innombrable de mi ser,  
ejército, marea.  
Creces, tu sed me ahoga,  
expulsando, tiránica,  
aquello que no cede  
a tu espada frenética.  
Ya sólo tú me habitas,  
tú, sin nombre, furiosa substancia,  
avidez subterránea, delirante.  
  
Golpean mi pecho tus fantasmas,  
despiertas a mi tacto,  
hielas mi frente  
y haces proféticos mis ojos.  
Percibo el mundo y te toco,  
substancia intocable,  
unidad de mi alma y de mi cuerpo,  
y contemplo el combate que combato  
y mis bodas de tierra.  
  
Nublan mis ojos imágenes opuestas,  
y a las mismas imágenes  
otras, más profundas, las niegan,  
tal un ardiente balbuceo,  
aguas que anega un agua más oculta y densa.  
  
La oscura ola  
que nos arranca de la primer ceguera,  
nace del mismo mar oscuro  
en que nace, sombría,  
la ola que nos lleva a la tierra:  
sus aguas se confunden  
y en su tiniebla  
quietud y movimiento son lo mismo.  
  
Insiste, vencedora,  
porque tan sólo existo porque existes,  
y mi boca y mi lengua se formaron  
para decir tan sólo tu existencia  
y tus secretas sílabas, palabra  
impalpable y despótica,  
substancia de mi alma.  
  
Eres tan sólo un sueño,  
pero en ti sueña el mundo  
y su mudez habla con tus palabras.  
Rozo al tocar tu pecho,  
la eléctrica frontera de la vida,  
la tiniebla de sangre  
donde pacta la boca cruel y enamorada,  
ávida aún de destruir lo que ama  
y revivir lo que destruye,  
con el mundo, impasible  
y siempre idéntico a sí mismo,  
porque no se detiene en ninguna forma,  
ni se demora sobre lo que engendra.  
  
Llévame, solitaria,  
llévame entre los sueños,  
llévame, madre mía,  
despiértame del todo,  
hazme soñar tu sueño,  
unta mis ojos con tu aceite,  
para que al conocerte, me conozca.

**ALEJANDRA PIZARNIK**

**LA NOCHE**

Poco sé de la noche  
  
pero la noche parece saber de mí,  
y más aún, me asiste como si me quisiera,  
me cubre la existencia con sus estrellas.  
  
Tal vez la noche sea la vida y el sol la muerte.  
  
Tal vez la noche es nada  
  
y las conjeturas sobre ella nada  
y los seres que la viven nada.  
Tal vez las palabras sean lo único que existe  
en el enorme vacío de los siglos  
que nos arañan el alma con sus recuerdos.  
  
Pero la noche ha de conocer la miseria  
que bebe de nuestra sangre y de nuestras ideas.  
Ella debe arrojar odio a nuestras miradas  
sabiéndolas llenas de intereses, de desencuentros.  
  
Pero sucede que oigo a la noche llorar en mis huesos.  
Su lágrima inmensa delira  
y grita que algo se fue para siempre.Alguna vez volveremos a ser.

**YO SOY**...

mis alas?

dos pétalos podridos

mi razón?

 copitas de vino agrio

mi vida?

vacío bien pensado

mi cuerpo?

 un tajo en la silla

mi vaivén?

un gong infantil

mi rostro?

un cero disimulado

mis ojos?

ah! trozos de infinito

*LA ULTIMA INOCENCIA*

**Enamorada**

esta lúgubre manía de vivir

esta recóndita humorada de vivir

te arrastra alejandra no lo niegues.

hoy te miraste en el espejo

y te fue triste estabas sola

la luz rugía el aire cantaba

pero tu amado no volvió

enviarás mensajes sonreirás

tremolarás tus manos así volverá

tu amado tan amado

oyes la demente sirena que lo robó

el barco con barbas de espuma

donde murieron las risas

recuerdas el último abrazo

oh nada de angustias

 ríe en el pañuelo llora a carcajadas

pero cierra las puertas de tu rostro

para que no digan luego

que aquella mujer fuiste tú

te remuerden los días

te culpan las noches

te duele la vida tanto tanto

desesperada, ¿adónde vas?

desesperada ¡nada más!

**SALVACIÓN**

  Se fuga la isla

Y la muchacha vuelve a escalar el viento

y a descubrir la muerte del pájaro profeta

  Ahora

es el fuego sometido

Ahora

 es la carne

la hoja

la piedra

perdidos en la fuente del tormento

como el navegante en el horror de la civilación

que purifica la caída de la noche

Ahora

la muchacha halla la máscara del infinito

y rompe el muro de la poesía.

**EXILIO**

 a Raúl Gustavo Aguirre

Esta manía de saberme ángel,

sin edad,

sin muerte en qué vivirme,

sin piedad por mi nombre

ni por mis huesos que lloran vagando.

¿Y quién no tiene un amor?

¿Y quién no goza entre amapolas?

¿Y quién no posee un fuego, una muerte,

un miedo, algo horrible,

aunque fuere con plumas

aunque fuere con sonrisas?

  Siniestro delirio amar una sombra.

La sombra no muere.

Y mi amor  sólo abraza a lo que fluye

  como lava del infierno:

una logia callada,

fantasmas en dulce erección,

sacerdotes de espuma,

y sobre todo ángeles,

ámgeles bellos como cuchillos

que se elevan en la noche

y devastan la esperanza.

 a Elizabeth Azcona Cranwell

Llamé, llamé como la náufraga dichosa

a las olas verdugas

que conocen el verdadero nombre

de la muerte.

He llamado al viento,

le confié mi ser.

Pero un pájaro muerto

  vuela hacia la desesperanza

en medio de la música

cuando brujas y flores

cortan la mano de la bruma.

Un pájaro muerto llamado azul.

No es la soledad con alas,

es el silencio de la prisionera,

es la mudez de pájaros y viento,

es el mundo enojado con mi risa

o los guardianes del infierno

rompiendo mis cartas.

He llamado, he llamado.

He llamado hacia nunca.

**CUARTO SOLO**

 Si te atreves a sorprender

la verdad de esta vieja pared;

y sus fisuras, desgarraduras,

formando rostros, esfinges,

manos, clepsidras,

seguramente vendrá

una presencia para tu sed,

probablemente partirá

esta ausencia que te bebe.